

Antón P. Chéjov

Una historia aburrida

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR GALLEGO BALLESTEROS



Lectulandia

Un viejo catedrático de Medicina de la Universidad de Moscú hace, en los meses previos a su muerte, balance de su vida, sin encontrar nada en ella que le satisfaga. Chéjov, en uno de sus mayores y más brillantes análisis de un caso de hundimiento en la melancolía.

Antón Chéjov

Una historia aburrida

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2022

Título original: *Skuchnaia istoria*
Antón Chéjov, 1889
Traducción: Víctor Gallego Ballester

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Nota al texto

Una historia aburrida (*Skuchnaia istoria*) se publicó por primera vez en noviembre de 1889 en la revista El Mensajero del Norte de San Petersburgo.

I

Vive en Rusia un profesor emérito llamado Nikolái Stepánovich de Tal y Tal, consejero privado y caballero; tiene tantas condecoraciones, rusas y extranjeras, que, cuando se ve en la tesitura de ponérselas, los estudiantes lo llaman «el iconostasio». Todos sus conocidos pertenecen a lo más granado de la aristocracia; al menos en los últimos veinticinco o treinta años no ha habido en Rusia un erudito ilustre al que no haya tratado durante algún tiempo. Ahora no tiene con quién relacionarse, pero, si echamos la vista atrás, la larga lista de sus amigos célebres incluye nombres como Pirogov, Kavelin y el poeta Nekrásov^[1], que lo honraron con su sincera y cálida amistad. Es miembro de todas las universidades rusas y de tres extranjeras. Etcétera, etcétera. Todo eso, y muchas cosas más que podrían decirse, constituye lo que se llama mi nombre.

Mi nombre es famoso. En Rusia lo conoce cualquier persona educada, mientras en el extranjero se le agregan los calificativos de «distinguido» y «honorable» cuando se lo menciona desde la cátedra. Es uno de los escasos nombres afortunados cuyo menosprecio o mención vana, ya sea en público o en la prensa, se considera una señal de mala educación. Y así debe ser. Pues mi nombre está íntimamente ligado al concepto de persona célebre, de grandes dotes e indudable utilidad. Soy un hombre hacendoso y perseverante, lo que es importante, y tengo talento, lo que es más importante aún. Además, dicho sea de paso, soy educado, modesto y honrado. Jamás he metido la nariz en la literatura ni en la política, no he buscado la popularidad polemizando con ignorantes, no he pronunciado discursos en banquetes o ante la tumba de mis colegas... En suma, mi nombre académico no presenta ninguna mancha ni tiene motivo de queja. Es afortunado.

El portador de tal nombre, es decir, yo mismo, es un hombre de sesenta y dos años, calvo, con dentadura postiza y un tic incurable. Mi persona es tan anodina y poco agraciada como brillante y luminoso mi nombre. Mi cabeza y mis manos tiemblan de debilidad; mi cuello, como el de una heroína de

Turguénev, se parece al mango de un contrabajo; tengo el pecho hundido y soy estrecho de hombros. Cuando hablo o dicto una lección, mi boca se tuerce hacia un lado; cuando sonrío, todo mi rostro se recubre de inertes arrugas seniles. No hay nada imponente en mi lamentable figura; sólo cuando me viene el tic mi cara adquiere una expresión peculiar, que debe despertar en cualquiera que me mire esta grave y dramática consideración: «Por lo visto, este hombre está a un paso de la tumba».

Mis conferencias siguen siendo interesantes; como antaño, soy capaz de concitar la atención del auditorio por espacio de dos horas. Mi fervor, mi dominio del lenguaje y mi sentido del humor llegan a enmascarar casi por entero los defectos de mi voz, seca, estridente y melodiosa como la de una santurrona. En cambio, escribo mal. Esa pequeña parte de mi cerebro que preside la facultad de escribir se niega a cumplir su función. Mi memoria se ha debilitado, mis pensamientos adolecen de cierta incoherencia y, cuando trato de fijarlos en el papel, siempre tengo la impresión de haber perdido el sentido de su vínculo orgánico, y la construcción resulta monótona y las frases, torpes y esquemáticas. A menudo no escribo lo que quiero; cuando llego al final, ya no me acuerdo del principio. A menudo olvido palabras corrientes, y siempre que redacto una carta me veo obligado a gastar muchas energías para evitar frases superfluas e incisos innecesarios, detalles ambos que testimonian una franca decadencia de mi capacidad intelectual. Lo curioso es que, cuanto más sencilla es la carta, más tortuoso es el esfuerzo que tengo que hacer para escribirla. Me siento mucho más cómodo y ágil redactando un artículo científico que pergeñando una carta de felicitación o una memoria. Y una cosa más: me resulta más fácil escribir en alemán o en inglés que en ruso.

En lo que respecta a mi modo actual de vida, ante todo debo mencionar el insomnio que padezco en los últimos tiempos. Si alguien me preguntase cuál es en estos momentos el rasgo principal y fundamental de mi existencia, respondería que el insomnio. Siguiendo una vieja costumbre, sigo desvestiéndome y acostándome a las doce en punto, como antaño. No tardeo en dormirme, pero después de la una me despierto con la sensación de no haber dormido nada. Me veo obligado a levantarme de la cama y a encender la lámpara. Durante una hora o dos recorro la habitación de un extremo al otro, contemplando unos cuadros y fotografías que conozco ya al detalle. Cuando me canso de andar, me siento a mi escritorio y me quedo allí inmóvil, sin pensar en nada, sin albergar ningún deseo; si hay un libro sobre la mesa, lo acerco maquinalmente y lo leo sin ningún interés. De ese modo, no hace

mucho, me leí en una sola noche una novela entera que tenía este extraño título: *Lo que cantaba la golondrina*. O bien, para ocuparme en algo, me fuerzo a contar hasta mil, o me imagino la cara de alguno de mis colegas y trato de recordar en qué año y en qué circunstancias inició su actividad docente. Me gusta prestar oídos a los sonidos. A veces, dos habitaciones más allá, mi hija, Liza, pronuncia unas palabras en sueños, o mi mujer atraviesa la sala con una vela encendida, y sin falta se le cae la caja de cerillas, o chirría la puerta de un armario agrietado, o de pronto chisporrotea el quemador de la lamparilla, y todos esos rumores por alguna razón me intranquilizan.

No dormir por la noche significa darse cuenta a cada instante de la propia anormalidad; por eso espero con impaciencia la mañana y el día, cuando tengo derecho a no dormir. Pero pasan muchas horas angustiosas antes de que el gallo cante en el patio. Es el primero en anunciarme la buena nueva. Tan pronto como cacarea, sé que al cabo de una hora el portero se despertará abajo y subirá por la escalera, enfadado y sin dejar de toser. Luego, más allá de las ventanas, el aire empezará poco a poco a aclararse, se oirán voces en la calle...

La jornada comienza con la llegada de mi mujer. Aparece en enaguas, despeinada, pero ya lavada, oliendo a agua de colonia, con aire de haber entrado por casualidad, y todos los días me dice lo mismo:

—Perdona, es sólo un momento... ¿Tampoco has dormido esta noche?

Luego apaga la lamparilla, se sienta junto al escritorio y empieza a hablar. Aunque no soy profeta, sé por anticipado de qué asunto va a ocuparse. Cada mañana la misma historia. Por lo común, después de preguntar inquieta por mi salud, menciona de pronto a nuestro hijo, oficial destinado en Varsovia. Después del 20 de cada mes, le enviamos cincuenta rublos: tal es el tema principal de nuestra conversación.

—Desde luego es una carga para nosotros —comenta mi mujer con un suspiro—, pero, mientras no tenga una posición firme, nuestra obligación es ayudarlo. El muchacho está en un país extranjero, el sueldo es bajo... En cualquier caso, si quieres, el mes que viene le enviaremos cuarenta rublos en vez de cincuenta. ¿Qué te parece?

La experiencia diaria debería haberla convencido de que los gastos no disminuyen por el solo hecho de hablar a menudo de ellos, pero mi mujer no tiene en cuenta la experiencia y cada mañana me habla con pelos y señales de nuestro oficial, de que el pan, gracias a Dios, ha bajado de precio, mientras el azúcar se ha encarecido dos kopeks, y todo eso con el aire de estarme comunicando una novedad.

Yo la escucho, asiento maquinalmente, y, acaso por no haber dormido en toda la noche, se apoderan de mí unos pensamientos extraños e inútiles. Me la quedo mirando, presa de un asombro infantil. Y me pregunto perplejo: ¿es posible que esa anciana tan gorda y desgarrada, con esa obtusa expresión de preocupación por cuestiones menudas y de temor por un mendrugo de pan, con la mirada velada por incesantes pensamientos de deudas y apuros, que sólo sabe hablar de gastos y sólo sonríe cuando bajan los precios, es posible que esa mujer sea la esbelta Varia de antaño, de la que me enamoré apasionadamente por su despierta y clara inteligencia, su pureza de alma, su hermosura y, como en el caso de Otelio y Desdémona, porque «se compadecía» de mis conocimientos? ¿Es posible que sea esa misma Varia que una vez me dio un hijo?

Contemplo de hito en hito el rostro de esa anciana gruesa y desmañada, buscando a mi Varia, pero lo único que queda de la mujer de antaño es su preocupación por mi salud y la costumbre de referirse a mi sueldo como «nuestro sueldo», a mi gorra como «nuestra gorra». Me da pena mirarla y, para consolarla un poco, le permito que diga cuanto se le antoje, y hasta guardo silencio cuando expresa opiniones injustas sobre la gente o me reprocha que no dé clases particulares ni publique manuales.

Nuestra conversación termina siempre de la misma manera. Mi mujer se da cuenta de pronto de que todavía no he bebido mi taza de té y se asusta.

—Pero ¿qué hago aquí sentada? —dice, poniéndose en pie—. Hace tiempo que el samovar está sobre la mesa y yo sigo aquí charla que te charla. ¡Señor, que desmemoriada me he vuelto!

Se dirige con premura a la puerta y se detiene allí para decirme:

—Debemos cinco meses a Yegor. ¿Lo sabes? ¡Cuántas veces te he dicho que no hay que olvidarse de pagar a la servidumbre! ¡Es mucho más fácil desembolsar diez rublos al mes que cincuenta cada cinco meses!

Una vez traspasado el umbral, se detiene de nuevo y añade:

—Nadie me da tanta pena como nuestra pobre Liza. La muchacha estudia en el conservatorio, frecuenta a la buena sociedad y va vestida Dios sabe cómo. Lleva un abrigo con el que da vergüenza hasta salir a la calle. No tendría importancia si fuera hija de otra persona, pero ¡todo el mundo sabe que su padre es un famoso profesor, un consejero privado!

Y, después de haberme reprochado mi rango y mi posición, desaparece de una vez. Así comienza mi jornada. Y la continuación no es mejor.

Mientras bebo el té, viene a verme Liza, con el abrigo puesto, el gorrito y las partituras, ya preparada para ir al conservatorio. Tiene veintidós años,

aunque no los aparenta; es bonita y se parece algo a mi mujer cuando era joven. Me besa con ternura en la sien y en la mano y dice:

—Buenos días, papá. ¿Te encuentras bien?

De niña le gustaba mucho el helado y tenía que llevarla a menudo a la confitería. En su caso, el helado era la medida de todo lo bueno. Si quería halagarme, me decía: «Papá, eres un helado de nata». Uno de sus dedos se llamaba «pistacho», otro «nata», un tercero «frambuesa», etc. Por lo común, cuando venía a saludarme por la mañana, la sentaba en mis rodillas y, besando sus dedos, decía:

—Nata... pistacho... limón...

Y también ahora, en recuerdo de aquellos tiempos, le beso los dedos a Liza y murmuro: «Pistacho... frambuesa... limón», pero mi actitud es muy distinta. Me muestro frío como un helado y me avergüenzo. Cuando mi hija entra en la habitación y me roza la sien con sus labios, me estremezco como si me hubiera picado una abeja, sonrío forzado y vuelvo la cara. Desde que padezco insomnio, no dejo de darle vueltas a una cuestión: mi hija ve a menudo que yo, viejo y famoso, me sonrojo violentamente porque debo dinero a mi criado; ve cuán a menudo las preocupaciones por deudas menudas me obligan a dejar de lado mi trabajo y a recorrer la habitación de un rincón al otro durante horas, sumido en reflexiones. ¿Por qué en tales casos no ha venido nunca a verme, a espaldas de su madre, y me ha susurrado: «Papá, aquí tienes mi reloj, mis brazaletes, mis pendientes, mis vestidos... Cógelo todo, necesitas dinero...»? ¿Por qué, aun viendo cómo su madre y yo, sometiéndonos a convenciones falsas, tratamos de ocultar nuestra pobreza, no renuncia al costoso placer de estudiar música? No aceptaría su reloj ni sus brazaletes ni ningún otro sacrificio, Dios es testigo: no es eso lo que quiero.

Todo esto me trae a la cabeza a mi hijo, oficial destinado en Varsovia. Es un hombre inteligente, honrado y sobrio. Pero eso no basta para mí. Tengo la impresión de que, si yo tuviese un padre anciano y supiese que en ciertos momentos se avergüenza de su pobreza, dejaría mi puesto de oficial a cualquier otro y me ganaría la vida como un obrero. Tales pensamientos sobre mis hijos envenenan mi existencia. ¿Qué sentido tienen? Sólo un hombre estrecho de miras o amargado puede albergar rencor por personas normales por la simple razón de que no son héroes. Pero dejémoslo.

A las diez menos cuarto debo ir a dictar una lección ante mis queridos alumnos. Me visto y recorro una calle que conozco desde hace ya treinta años y que tiene, para mí, su propia historia. Ahí está el enorme edificio gris que alberga la farmacia; allí se alzaba en otros tiempos una casita con una

cervecería donde más de una vez reflexioné sobre mi tesis y escribí mi primera carta de amor a Varia. La escribí a lápiz, en una hoja con el siguiente encabezamiento: *Historia morbi*^[2]. Ahí está la tiendecita de ultramarinos; antes era propiedad de un judío que me vendía cigarrillos a crédito, luego la adquirió una mujer gruesa que quería a los estudiantes porque «todos tienen una madre»; ahora la regenta un comerciante pelirrojo, un hombre bastante indiferente a cuanto le rodea, que bebe té de una tetera de cobre. Y ya nos encontramos ante las sombrías puertas de la universidad, que llevan mucho tiempo sin remozarse; un portero de aire aburrido, embutido en una pelliza de piel de cordero, una escoba, montones de nieve... A un muchacho recién llegado de la provincia, que se imagina que el templo de la ciencia es un templo de verdad, esas puertas no pueden causarle una buena impresión. En general, la vetustez de los edificios universitarios, la oscuridad de los pasillos, el hollín de las paredes, la iluminación insuficiente, el aire sombrío de las escaleras, las perchas y los bancos desempeñan, en la historia del pesimismo ruso, un papel preponderante dentro de las causas que predisponen a ese estado de ánimo. Ahí está también nuestro jardín. Me parece que no ha mejorado ni empeorado desde mi época de estudiante. No me gusta. Sería mucho más inteligente que, en lugar de tilos tísicos, acacias amarillas y lilas ralas y desmochadas, crecieran en el recinto altos pinos y frondosos robles. Un estudiante, cuyo estado de ánimo depende en gran medida del ambiente, debe ver a cada paso, en el lugar donde estudia, sólo altura, fortaleza y elegancia... Que Dios le guarde de árboles escuálidos, cristales rotos, paredes y puertas grises revestidas de hule rasgado.

Cuando me acerco al porche de mi departamento, la puerta se abre y mi viejo compañero de fatigas, coetáneo y tocayo mío, el portero Nikolái, sale a recibirme. Después de dejarme pasar, carraspea y dice:

—¡Ha helado, excelencia!

O bien, si mi abrigo está mojado:

—¡Está lloviendo, excelencia!

Después echa a correr delante de mí y va abriendo las puertas a mi paso. Una vez en el despacho, me quita con tiento el abrigo y, mientras se ocupa de esa operación, se las arregla para informarme de alguna novedad de la vida universitaria. Gracias a la estrecha relación que existe entre todos los porteros y bedeles de la universidad, está al tanto de cuanto sucede en las cuatro facultades, en secretaría, en el despacho del rector y en la biblioteca. ¡Qué no sabrá! Cuando en el orden del día tenemos, por ejemplo, la dimisión del rector o del decano, le oigo hablar con sus compañeros jóvenes, mencionar a los

candidatos y aclarar a renglón seguido que fulano no cuenta con el apoyo del ministro y que mengano renunciará al cargo, para luego entregarse a detalles fantasiosos sobre unos documentos misteriosos que han llegado a la secretaría, sobre una conversación secreta entre el ministro y el inspector, etc. Si se exceptúan esos detalles, en conjunto casi siempre tiene razón. Sus descripciones de los personajes son originales, pero también certeras. Si uno tiene necesidad de saber en qué año alguien defendió su tesis, inició su actividad docente, se jubiló o murió, no tiene más que encomendarse a la formidable memoria de ese soldado, que no sólo le indicará el año, el mes y el día, sino que le informará también de los pormenores que acompañaron una u otra circunstancia. Sólo quien ama su actividad puede recordar tales cosas.

Es el guardián de las tradiciones de la universidad. De los porteros que lo precedieron ha recibido en herencia muchas leyendas de la vida universitaria, y ha aumentado ese tesoro con conocimientos que ha ido adquiriendo en sus años de servicio; a quien quiera escucharle, le contará infinidad de historias largas y breves. Puede hablar de eruditos excepcionales que lo sabían *todo*, de estudiosos incansables que pasaban semanas enteras sin dormir, de innumerables mártires y víctimas de la ciencia; en sus relatos el bien triunfa sobre el mal, el fuerte prevalece siempre sobre el débil, el inteligente sobre el tonto, el humilde sobre el orgulloso, el joven sobre el viejo... No debe creerse uno al pie de la letra esas leyendas y fábulas, pero si las cuela le quedará en el filtro lo necesario: nuestras hermosas tradiciones y los nombres de los héroes genuinos, reconocidos de todos.

En nuestra sociedad el conocimiento del mundo de los sabios se reduce a algunas anécdotas sobre la sorprendente distracción de los profesores viejos y a dos o tres agudezas que se atribuyen tan pronto a Gruber o a Babujin^[3] como a mí. Para un público educado no es mucho. Si su amor por el saber, los eruditos y los estudiantes fuese tan grande como el de Nikolái, su literatura contaría con numerosas epopeyas, relatos y biografías de los que, por el momento, por desgracia carece.

Tras informarme de las últimas novedades, Nikolái adopta una expresión severa, y a continuación iniciamos una charla sobre asuntos profesionales. Si en ese momento un extraño escuchase con qué soltura Nikolái aplica la terminología, podría incluso pensar que se trata de un sabio disfrazado de soldado. A propósito, los rumores sobre la erudición de los bedeles universitarios son muy exagerados. Cierto que Nikolái conoce más de un centenar de voces latinas, sabe armar un esqueleto, hace a veces un preparado o divierte a los estudiantes con una larga cita erudita, pero, por ejemplo, la

sencilla teoría de la circulación de la sangre le resulta tan incomprensible como hace veinte años.

A la mesa del despacho, inclinado sobre un libro o un preparado, está sentado mi disector Piotr Ignátevich, hombre laborioso y modesto, pero falto de talento, de unos treinta y cinco años de edad, ya calvo y con un estómago prominente. Trabaja de la mañana a la noche, lee muchísimo, recuerda con detalle sus lecturas —en ese sentido vale su peso en oro—; en todo lo demás es una bestia de carga o, dicho en otras palabras, un cretino instruido. Éstos son los rasgos característicos que distinguen una bestia de carga de un hombre de talento: sus miras son estrechas y se limitan específicamente al ámbito de su especialidad; más allá de ese campo es ingenuo como un niño. Recuerdo que una vez entré en el despacho y le dije:

—¡Qué desgracia! ¡Me han dicho que Skobélev^[4] ha muerto!

Nikolái se santiguó, mientras Piotr Ignátevich se volvía hacia mí y me preguntaba:

—¿Quién es ese Skobélev?

Otra vez, un poco antes, le anuncié que había fallecido el profesor Perov^[5]. Y el bueno de Piotr Ignátevich preguntó:

—¿Y de qué daba clases?

Se diría que, aunque la mismísima Patti^[6] le cantase al oído, u hordas de chinos invadiesen Rusia o se produjera un terremoto, no movería un músculo y seguiría mirando tranquilamente por su microscopio, cerrando un ojo. En definitiva, que Hécuba no le importa nada. Daría cualquier cosa por ver a ese tarugo acostado con su mujer.

Otro rasgo: una fe fanática en la infalibilidad de la ciencia, en especial en todo lo que escriben los alemanes. Confía en sí mismo, en sus preparados; sabe cuál es el objetivo de la vida y desconoce por entero las dudas y desilusiones a que tantas canas deben los hombres de talento. Hace gala de una reverencia servil por las voces autorizadas y no siente la menor necesidad de pensar por sí mismo. Resulta difícil hacerle cambiar de opinión y es imposible discutir con él. Cómo va uno a discutir con una persona que está firmemente convencida de que la medicina es la mejor de las ciencias, los médicos los hombres mejores y las mejores tradiciones las de la profesión médica. Del dudoso pasado de la medicina sólo ha pervivido una tradición: la corbata blanca que llevan actualmente algunos médicos. Para un estudioso y, en general, para cualquier hombre instruido, sólo pueden existir tradiciones comunes a toda la universidad, no privativas de la medicina, el derecho, etc.,

pero a Piotr Ignátevich se le hace difícil suscribir esa opinión y está dispuesto a discutir con uno hasta el día del juicio.

Me imagino con claridad su futuro. A lo largo de toda su vida hará centenares de preparados de una pureza extraordinaria, escribirá muchos compendios secos y precisos a más no poder, firmará una docena de concienzudas traducciones, pero no inventará la pólvora. Para ello se necesita fantasía, inventiva, el don de la intuición, y Piotr Ignátevich carece de todas esas cosas. Resumiendo, no es el amo de la ciencia, sino el criado.

Piotr Ignátevich, Nikolái y yo hablamos en voz baja. Sentimos cierto malestar. Un estado de ánimo particular se apodera de uno cuando detrás de la puerta el auditorio ruge como el mar. En treinta años no he logrado acostumbrarme a ese sentimiento y lo experimento cada mañana. Me abotono nervioso la levita, le formulo a Nikolái alguna pregunta superflua, me enfado... Podría pensarse que tengo miedo, pero no se trata de cobardía, sino de otra cosa que no soy capaz de definir ni describir.

Sin ninguna necesidad miro el reloj y digo:

—Bueno, es hora de entrar.

Y nos encaminamos al aula en el siguiente orden: delante marcha Nikolái con los preparados o con los atlas, a continuación voy yo y detrás de mí, la cabeza humildemente inclinada, avanza la bestia de carga; o, cuando es menester, llevan primero un cadáver en una camilla, seguido de Nikolái y de nosotros dos. Al hacer mi aparición, los estudiantes se levantan, luego vuelven a sentarse, y el rumor del mar enmudece de pronto. Reina la calma.

Sé de qué voy a hablar, pero desconozco cómo lo haré, por dónde voy a empezar y dónde terminaré. No hay ni una sola frase preparada en mi cabeza. Pero me basta echar un vistazo al aula (en mi caso un anfiteatro) y pronunciar la estereotipada fórmula «en la última clase nos detuvimos en...» para que brote de mi boca una larga sucesión de frases, y entonces ya no hay quien me pare. Hablo con incontenible celeridad y pasión, y se me figura que no hay fuerza capaz de detener el flujo de mi discurso. Para dictar bien una lección, es decir, de manera que no se haga aburrida y resulte de utilidad para los oyentes, se requiere no sólo talento, sino también habilidad y experiencia, así como una idea clarísima de las propias fuerzas, de la clase de personas a las que se dirige uno y del tema de la disertación. Además, debe uno poner los cinco sentidos, estar muy atento y no perder ni por un instante el campo visual.

Un buen director de orquesta, al transmitir el pensamiento del compositor, ejecuta veinte actos a la vez: lee la partitura, mueve la batuta, vigila al

cantante, hace una señal tan pronto al tambor como a la trompa, etc. Lo mismo hago yo cuando dicto una lección. Tengo ante mí ciento cincuenta rostros y trescientos ojos que me miran directamente a la cara. Mi objetivo es vencer a esa hidra de mil cabezas. Si a lo largo de mi intervención logro conservar en todo momento una idea clara de su grado de atención y de su capacidad de comprensión, está en mi poder. Mi otro contrincante está dentro de mí. Es la infinita variedad de formas, fenómenos y leyes, así como la multitud de pensamientos propios y ajenos que determinan. A cada instante debo ser capaz de extraer lo más importante y útil de ese inmenso material y, a la misma velocidad que el flujo de mis palabras, dar forma a mi idea a fin de que resulte comprensible a la hidra y suscite su atención, para lo que es necesario poner mucho cuidado en no exponer las ideas tal como me vienen a la cabeza, sino siguiendo cierto orden, indispensable para una correcta composición del cuadro que pretendo representar. También procuro que el discurso mantenga un tono literario, que las definiciones sean breves y precisas y las frases tan sencillas y armoniosas como sea posible. A cada instante debo frenarme y tener presente que sólo dispongo de una hora y cuarenta minutos. En suma, una tarea nada fácil. Hay que ser a un tiempo científico, pedagogo y orador, y las cosas se torcerán si el orador prevalece sobre el pedagogo y el científico o viceversa.

Al cabo de un cuarto de hora, de media hora, adviertes que los estudiantes empiezan a mirar al techo o a Piotr Ignátovich; uno saca un pañuelo, otro se acomoda mejor, un tercero piensa algo para sus adentros y sonríe... Eso significa que la atención ha decaído. Hay que tomar medidas. Aprovechando la primera ocasión que se me brinda, hago un juego de palabras. Las ciento cincuenta caras se distienden en una amplia sonrisa, los ojos brillan alegres, se oye por unos segundos el rumor del mar... Yo también sonrío. He recuperado su atención y puedo continuar.

Ningún deporte, ninguna diversión o juego me han procurado nunca tanto placer como dar clase. Sólo en esa actividad he conseguido abandonarme por entero a la pasión y he comprendido que la inspiración no es una invención de los poetas, sino que realmente existe. Y creo que Hércules, después de la más picante de sus empresas, no sentía la dulce languidez que he experimentado yo a la conclusión de cada lección.

Pero eso era antes. Ahora impartir clase se ha convertido en un tormento. No ha transcurrido media hora y empiezo ya a sentir una debilidad invencible en las piernas y en los hombros; me siento en el sillón, pero no estoy acostumbrado a hablar en público sentado, así que al cabo de un minuto me

levanto, sigo un poco de pie y a continuación me siento de nuevo. Se me seca la boca, se me enronquece la voz, la cabeza me da vueltas... Para ocultar mi estado a los oyentes, bebo agua a cada momento, toso, me sueno a menudo la nariz como si estuviera acatarrado, hago juegos de palabras sin venir a cuento y, por último, anuncio el receso antes de lo debido. Pero lo principal es que me avergüenzo.

Mi conciencia y mi razón me dicen que lo mejor que podría hacer ahora sería impartir ante los alumnos una clase de despedida, decirles mi última palabra, bendecirlos y ceder mi lugar a un hombre más joven y más fuerte. Pero que Dios me perdone, me falta valentía para obrar de acuerdo con mi conciencia.

Por desgracia no soy filósofo ni teólogo. Sé perfectamente que no me quedan más que seis meses de vida. Se diría que, dada mi situación, debería ocuparme ante todo de las tinieblas de ultratumba y de las visiones que visitarán mi sepulcro. Pero, por alguna razón, mi alma no quiere abordar esas cuestiones, aunque mi razón reconoce toda su importancia. Lo mismo que hace veinte o treinta años, lo único que me interesa, ahora que me encuentro a un paso de la tumba, es la ciencia. Cuando llegue el momento de exhalar el último suspiro, seguiré albergando el convencimiento de que la ciencia es lo más importante, lo más hermoso y necesario en la vida de los hombres, que siempre ha sido y siempre será la manifestación suprema del amor y que sólo gracias a ella el hombre triunfará sobre la naturaleza y sobre sí mismo. Acaso esa fe sea ingenua y carezca de fundamento, pero no puedo evitar pensar así y no de otra manera; en cualquier caso, me siento incapaz de renunciar a esa fe.

Pero no es ésa la cuestión. Sólo pido que se tenga un poco de indulgencia con mi debilidad y se entienda que apartar de la cátedra y de los estudiantes a un hombre a quien interesa más el tuétano de los huesos que el objetivo final de la creación, equivaldría a meterlo en el ataúd antes de muerto.

Algo extraño me está sucediendo a resultas de mi insomnio y de mi intensa lucha contra la creciente debilidad. En medio de mis lecciones de pronto se me hace un nudo en la garganta, empiezan a picarme los ojos y de mí se apodera un deseo apasionado e histérico de tender las manos hacia delante y lamentarme en voz alta. Me entran ganas de gritar con todas mis fuerzas que yo, hombre famoso, he sido condenado a muerte por el destino, que al cabo de unos seis meses otro profesor enseñará desde esta tarima. Querría gritar que he sido envenenado: nuevos pensamientos, que hasta ahora desconocía, han envenenado los últimos días de mi vida y siguen punzándome el cerebro como mosquitos. En esos momentos mi situación se

me antoja tan espantosa que me gustaría que todos mis oyentes, horrorizados, se pusieran en pie de un salto y, presas del pánico, con un grito de angustia, se abalanzasen sobre la salida.

No resulta fácil superar tales instantes.

II

Después de la clase, me quedo trabajando en casa. Leo revistas, tesis doctorales o preparo la siguiente lección; a veces escribo algo. Trabajo a ratos, porque me veo en la obligación de recibir visitas.

Suena el timbre. Es un colega que viene a hablar de algún asunto profesional. Entra con sombrero y bastón, me tiende uno y otro, y dice:

—¡No me quedará más de un minuto! ¡Un minuto! ¡Siéntese, *collega*! ¡Nada más que dos palabras!

Ante todo tratamos de demostrarnos mutuamente que ambos somos extraordinariamente corteses y estamos muy contentos de vernos. Le pido que se acomode en el sillón, y él insiste en que me siente yo primero; durante esa maniobra, nos damos unas palmaditas en la espalda o nos tocamos los botones de la levita, y parece como si nos estuviéramos examinando y temiéramos quemarnos. Nos reímos los dos, aunque no decimos nada divertido. Una vez sentados, inclinamos la cabeza hacia delante y empezamos a hablar en voz baja. Por muy cordiales que sean nuestras actitudes, no podemos dejar de adornar nuestro discurso con zalamerías del tipo: «Como ha tenido usted a bien observar», o «Como ya he tenido el honor de decirle», ni podemos por menos de reír cuando uno de los dos hace una broma, aunque no tenga ninguna gracia. Una vez comentado el asunto que le traía, mi colega se levanta de golpe y, agitando el sombrero en dirección a mis papeles, empieza a despedirse. De nuevo nos damos palmadas y reímos. Lo acompaño al recibidor y lo ayudo a ponerse el abrigo, aunque él trata por todos los medios de declinar tal honor. Luego, cuando Yegor abre la puerta, mi colega asegura que acabaré resfriándome y yo hago como si me dispusiera a seguirlo a la calle. Cuando por fin vuelvo a mi despacho, mi rostro sigue sonriendo, probablemente por inercia.

Poco después vuelve a sonar el timbre. Alguien entra en el recibidor, pasa un buen rato despojándose del abrigo, tose. Yegor me anuncia que ha llegado un estudiante. Yo le digo que lo haga pasar. Al cabo de un instante aparece en

el umbral un joven de aspecto agradable. Hace ya un año que nuestras relaciones son bastante tirantes: responde de manera desastrosa en los exámenes y yo sólo le doy «unos». Cada año cateo o me cargo, para decirlo en lenguaje estudiantil, a unos siete jovencitos como ése. Aquellos que no superan el examen por incapacidad o enfermedad suelen llevar su cruz con paciencia y no me reclaman. Sólo se quejan y vienen a verme a mi casa los individuos de temperamento sanguíneo, naturalezas generosas a quienes el suspenso en el examen les quita el apetito y les impide acudir con asiduidad a la ópera. Con los primeros soy indulgente; a los segundos los acribillo a preguntas en los exámenes.

—Siéntese —le digo al visitante—. ¿Qué desea?

—Perdone que le moleste, profesor... —empieza, balbuceando y evitando mirarme a la cara—. No me habría atrevido a molestarlo de no haber sido por... Ya me he examinado con usted cinco veces y... he suspendido. Le ruego que tenga la bondad de aprobarme porque...

El argumento que todos los holgazanes esgrimen en su defensa siempre es el mismo: han sacado notas estupendas en las demás asignaturas y sólo los han suspendido en la mía, algo tanto más sorprendente cuanto que siempre han estudiado mi materia con la mayor aplicación y se la saben al dedillo; su suspenso se debe a un incomprensible malentendido.

—Perdóneme, amigo mío —le digo al visitante—, pero no puedo darle un aprobado. Repase las lecciones y vuelva a examinarse. Ya veremos entonces.

Se produce una pausa. Me entran ganas de atormentar un poco al estudiante por anteponer la cerveza y la ópera a la ciencia, y le digo con un suspiro:

—En mi opinión, lo mejor que puede usted hacer es abandonar la Facultad de Medicina. Si con su capacidad no consigue superar el examen, es evidente que no tiene ni el deseo ni la vocación de convertirse en médico.

El estudiante sanguíneo pone una cara larga.

—Perdone, profesor —dice con una sonrisa maliciosa—, pero esa actitud sería muy extraña por mi parte. Me paso cinco años estudiando y de pronto... ¡lo dejo!

—Sí, claro, pero es preferible perder cinco años que ocuparse toda la vida de una actividad que a uno no le gusta —pero de pronto me da pena y me apresuro a añadir—: en cualquier caso, haga lo que le parezca. Repase un poco las lecciones y vuelva a presentarse.

—¿Cuándo? —pregunta el holgazán con indiferencia.

—Cuando quiera. Mañana, por ejemplo.

Y en sus bondadosos ojos leo: «Venir, puedo venir, pero vas a suspenderme otra vez, bastardo».

—Naturalmente —digo yo—, sus conocimientos no van a aumentar por el hecho de examinarse otras quince veces, pero eso fortalecerá su carácter. Y debemos darnos por satisfechos.

Se produce un silencio. Yo me levanto y espero a que se vaya, pero él sigue allí plantado, mirando por la ventana, atusándose la barba y pensando. Empiezo a aburrirme.

La voz del joven sanguíneo es agradable, sonora; sus ojos, inteligentes, burlones; su rostro, bondadoso, un tanto ajado por el consumo frecuente de cerveza y las largas horas pasadas en el sofá. Es evidente que podría contarme muchas cosas interesantes sobre la ópera, sobre sus aventuras amorosas o los compañeros con los que se lleva bien pero, por desgracia, no es costumbre hablar de esas cuestiones. En cualquier caso, lo habría escuchado de buena gana.

—¡Profesor! Le doy mi palabra de honor de que, si me aprueba usted, yo...

En cuanto sale a colación la «palabra de honor», sacudo las manos con desagrado y me siento a mi escritorio. El estudiante se queda pensativo unos instantes y a continuación dice, cariacontecido:

—En ese caso, adiós... Perdone que lo haya molestado.

—Adiós, amigo mío. Que le vaya bien.

Pasa indeciso al recibidor, se pone el abrigo lentamente y sale a la calle, donde probablemente pasa un buen rato pensando en el asunto, pero, como no se le ocurre nada mejor que llamarme «viejo diablo», se dirige a un restaurante de mala muerte a beber cerveza y comer algo, y luego se va a su casa a dormir. ¡Descansa en paz, honrado trabajador!

Tercer campanillazo. Entra un joven médico con un traje negro completamente nuevo, lentes con montura de oro y, por supuesto, corbata blanca. Se presenta. Le pido que se siente y le pregunto qué desea. No sin inquietud, el joven sacerdote de la ciencia me comenta que ese mismo año ha superado el examen de doctorado y ya sólo le queda escribir la tesis. Le gustaría trabajar conmigo, bajo mi guía, y me estaría muy agradecido si le sugiriera un tema para su tesis.

—Me alegro mucho de serle útil, colega —le digo—, pero veamos primero si nos ponemos de acuerdo en lo que es una tesis. Por esa palabra suele entenderse una composición que nace como resultado de un estudio independiente. ¿No es así? A una composición escrita sobre un tema sugerido

por otra persona, bajo cuya guía se redacta, se le debe dar otro nombre —el candidato a doctor guarda silencio. Yo me pongo furioso y me levanto de mi asiento—. ¡No entiendo para qué vienen a verme todos ustedes! —grito enfadado—. ¿Acaso es esto una tienda? ¡Yo no comercio con argumentos! ¡Por enésima vez les ruego a todos que me dejen en paz! ¡Perdone mi falta de delicadeza, pero es que ya me tienen hartos!

El candidato a doctor sigue callado; un ligero rubor le ha cubierto los pómulos. Su cara expresa un profundo respeto por mi celebridad y mis conocimientos, pero leo en su mirada que desprecia mi voz, mi lamentable figura, mi nerviosa gesticulación. Ese ataque de ira me ha hecho aparecer ante sus ojos como un energúmeno.

—¡Esto no es una tienda! —digo enfadado—. ¡No consigo entenderlo! ¿Por qué no quieren ustedes ser independientes? ¿Por qué les repugna de ese modo la libertad?

Digo muchas cosas, mientras él guarda silencio. Al final, voy calmándome poco a poco y, naturalmente, me doy por vencido. El candidato a doctor recibirá de mí un tema que no vale un céntimo, escribirá bajo mi supervisión una tesis que nadie necesita, la defenderá con dignidad en una discusión anodina y obtendrá un título académico que no le servirá de nada.

La campanilla puede estar sonando una y otra vez, pero en esta descripción me limitaré sólo a cuatro llamadas. Suena el cuarto timbrado y oigo unos pasos conocidos, el susurro de un vestido, una voz tan querida...

Hace dieciocho años murió un colega oculista dejando una hija de siete años, Katia, y unos sesenta mil rublos. En el testamento me nombraba tutor. Hasta los diez años Katia vivió en nuestra casa, luego ingresó en un internado y sólo pasaba con nosotros las vacaciones de verano. Yo no tenía tiempo para ocuparme de su educación, sólo la veía de vez en cuando y, por tanto, no puedo contar gran cosa de su infancia.

El primer recuerdo que me viene a la cabeza y que más me gusta evocar es la extraordinaria confianza con que entró en mi casa y se sometía al examen de los médicos, una confianza que resplandecía en su cara. A veces se sentaba en un rincón, con la mejilla vendada, y miraba con atención alguna cosa; ya me viera a mí escribiendo u hojeando libros, o a mi mujer trajinando en la casa, o a la cocinera pelando patatas en la cocina, o al perro jugando, sus ojos siempre expresaban la misma idea, a saber: «Todo lo que sucede en este mundo es hermoso y razonable». Era de natural curioso y le gustaba mucho hablar conmigo. A veces se sentaba a la mesa, enfrente de mí, seguía mis

movimientos y me hacía preguntas. Le interesaba saber qué leía, qué hacía en la universidad, si me daban miedo los cadáveres, en qué gastaba mi sueldo.

—¿Se pelean los estudiantes en la universidad? —me preguntaba.

—Sí, hijita.

—¿Y los obliga usted a ponerse de rodillas?

—Así es.

Le hacía gracia que los estudiantes se peleasen y que yo los pusiese de rodillas, y se reía. Era una niña obediente, paciente y buena. No pocas veces contemplé cómo le quitaban alguna cosa o la castigaban sin motivo o no satisfacían su curiosidad; en tales ocasiones, la constante expresión de confianza de su rostro se teñía de melancolía, eso era todo. Yo no me decidía a salir en su defensa, pero, cuando veía su tristeza, sentía deseos de atraerla y consolarla con el tono de una vieja niñera: «¡Mi pobre huerfanita!».

Recuerdo también que le gustaba ir bien vestida y ponerse perfume. En ese sentido, se parecía a mí. A mí también me gustan la ropa de calidad y los buenos perfumes.

Lamento no haber tenido tiempo ni ganas de observar el origen y el desarrollo de una pasión que se apoderó por completo de Katia a la edad de catorce o quince años. Me refiero a su desmesurado amor por el teatro. Cuando dejaba el internado para pasar con nosotros las vacaciones, de nada hablaba con tanto placer y entusiasmo como de las obras dramáticas y de los actores. Sus continuos comentarios sobre el teatro nos fatigaban. Mi mujer y mis hijos no la escuchaban. Yo era el único que no tenía el valor de negarle mi atención. Cuando sentía la necesidad de compartir sus propios entusiasmos, entraba en mi despacho y me decía con voz suplicante:

—¡Nikolái Stepánich, permítame que le hable del teatro!

Yo le mostraba el reloj y le decía:

—Te concedo media hora. Adelante.

Más tarde empezó a llevar a casa docenas de retratos de actrices y de actores, a los que adoraba; luego se aventuró a participar en varios espectáculos de aficionados y, por último, cuando concluyó los estudios, me anunció que había nacido para ser actriz.

Nunca compartí su devoción por el teatro. En mi opinión, si una obra es buena, no es necesario que los actores se esmeren para que produzca el efecto deseado: basta con que se limiten a leerla. Y, si es mala, ninguna actuación la salvará.

En mi juventud iba a menudo al teatro; ahora mi familia reserva un palco un par de veces al año y me lleva para que «me airee». Naturalmente, eso no

me da derecho a emitir una valoración sobre el teatro, pero me gustaría dedicarle unas palabras. A mi juicio, el teatro no es mejor ahora que hace treinta o cuarenta años. Lo mismo que antaño, sigo sin encontrar un vaso de agua ni en los pasillos ni en el ambigú. Lo mismo que antaño, los acomodadores me cobran veinte kopeks de más por la pelliza, aunque no haya nada reprehensible en llevar ropas de abrigo en invierno. Lo mismo que antaño, en los entreactos se interpreta sin venir a cuento una música que añade una impresión nueva y no deseada a la suscitada por la obra. Lo mismo que antaño, en los entreactos los hombres se dirigen al ambigú para tomar bebidas alcohólicas. Si no se advierten progresos en esas menudencias, es inútil que me ponga a buscarlos en cuestiones de mayor enjundia. Cuando un actor, lleno de los pies a la cabeza de tradiciones y prejuicios teatrales, se pone a recitar un monólogo sencillo y habitual del tipo «Ser o no ser» de un modo nada sencillo, sino, vaya usted a saber por qué, con voz sibilante y estremecimientos en todo el cuerpo, o cuando trata de convencerme a toda costa de que Chatski^[7], que conversa a menudo con idiotas y se ha enamorado de una estúpida, es un hombre muy ingenioso y que *La desgracia de ser inteligente* no es una obra tediosa, veo sobre el escenario la misma rutina que me aburría hace cuarenta años, cuando se me ofrecían los clásicos alaridos y golpes en el pecho. Siempre que voy al teatro salgo más conservador que cuando entré.

Es posible convencer a la muchedumbre sentimental y crédula de que el teatro, en su forma actual, es una escuela. Pero quien de verdad conoce lo que significa la palabra «escuela» no muerde el anzuelo. No sé lo que sucederá dentro de cincuenta o cien años, pero en las condiciones actuales el teatro no es más que un entretenimiento. Un entretenimiento demasiado costoso para que podamos seguir permitiéndonoslo. Priva a la nación de millares de jóvenes sanos y dotados que, de no consagrarse al teatro, podrían ser buenos médicos, agricultores, profesores, oficiales; le roba al público las horas vespertinas, las mejores para emprender un trabajo intelectual o conversar con los amigos. Por no decir nada del derroche de dinero ni del daño moral que sufre un espectador cuando ve sobre el escenario un homicidio, un adulterio o una calumnia analizados de forma incorrecta.

Katia era de una opinión muy distinta. Me aseguraba que el teatro, incluso en su forma actual, estaba por encima de las aulas, de los libros y de todo lo demás. El teatro era una fuerza que reunía en sí todas las artes, y los actores eran misioneros. Ningún arte ni ninguna ciencia estaban en condiciones, por sí solos, de producir un efecto tan intenso y seguro en el alma humana como

la escena; de ahí que un actor mediano gozara de mayor popularidad en el país que el mejor científico o pintor. Ninguna actividad pública proporcionaba tanto placer y satisfacción como el arte escénico.

Y un buen día Katia entró en una compañía con la que se marchó a Ufá, si no recuerdo mal, llevándose consigo mucho dinero, un montón de radiantes esperanzas y una concepción aristocrática de la actividad teatral.

Las primeras cartas, escritas durante el camino, eran sorprendentes. Cuando las leía, me quedaba verdaderamente maravillado de que esas pequeñas hojas de papel pudieran contener tanta juventud, pureza de alma, sagrada ingenuidad y, a la vez, tantos juicios sutiles y atinados, dignos de una perspicaz mente masculina. No se limitaba a describir, sino que cantaba las alabanzas del Volga, la naturaleza, las ciudades que visitaba, los compañeros, los éxitos y los fracasos; cada renglón exhalaba la credulidad que estaba acostumbrado a ver en su semblante, aunque al mismo tiempo había errores gramaticales por doquier y una ausencia casi total de signos de puntuación.

Antes de que pasaran seis meses, recibí una carta de lo más poética y entusiasta, que empezaba con estas palabras: «Estoy enamorada». Iba acompañada de la fotografía de un joven con el rostro rasurado, sombrero de ala ancha y una manta de viaje sobre el hombro. Las cartas siguientes eran tan magníficas como la anterior, pero ya incluían signos de puntuación, los errores gramaticales habían desaparecido y tenían un aire mucho más varonil. Katia me hablaba de lo maravilloso que sería construir un gran teatro en alguna ciudad del Volga, en forma de sociedad anónima, que pudiera atraer a los ricos comerciantes y a los propietarios de vapores; contarían con mucho dinero, las recaudaciones serían enormes, los actores participarían en la compañía... Puede que fuese un proyecto muy bonito, pero me parece que tales fantasías sólo pueden ocurrírsele a un hombre.

En cualquier caso, durante un año y medio o dos todo fue bien: Katia estaba enamorada, creía en su profesión y era feliz; pero después empecé a percibir en sus cartas claros indicios de desánimo. El primer síntoma, y también el más preocupante, fue que comenzó a quejarse de sus compañeros. Si un joven científico o literato inicia su actividad quejándose amargamente de sus colegas, significa que está ya cansado y no es capaz de cumplir con su tarea. Katia me escribía que sus compañeros no acudían a los ensayos y nunca se sabían su papel; la representación de obras absurdas y la manera de comportarse en el escenario demostraba una total falta de respeto por el público; para incrementar la recaudación, única cuestión que les interesaba, las actrices dramáticas se rebajaban a cantar tonadillas, mientras los actores

trágicos entonaban coplas en las que se mofaban de los maridos cornudos, de las mujeres infieles embarazadas, etcétera. En general, parecía increíble que aquel teatro provinciano aún no se hubiese arruinado y hubiera conseguido agarrarse a un hilo tan liviano y podrido.

En respuesta envié a Katia una carta larga y, debo reconocerlo, muy aburrida. Entre otras cosas le decía: «En alguna ocasión he charlado con viejos actores, hombres respetabilísimos que me tenían simpatía. Esas conversaciones me han permitido comprender que su actividad no estaba guiada tanto por su inteligencia y su libertad como por la moda y el humor del público; los mejores de ellos, a lo largo de su carrera, tuvieron que actuar en tragedias, operetas, farsas parisinas y comedias de magia, y siempre tenían la impresión de que su trayectoria era coherente y de que su actividad resultaba útil. Así pues, como ves, no hay que buscar la causa del mal en los actores, sino en algo más profundo, en el arte mismo y en la actitud de la sociedad en su conjunto». El único efecto de esa carta fue irritar a Katia. Ésta fue su respuesta: «Usted y yo estamos hablando de cosas distintas. Yo no me refería a esos hombres respetabilísimos que le han honrado con su favor, sino de una pandilla de bribones que no tienen nada de respetables. Es una reata de salvajes que han acabado en un escenario porque no les habrían admitido en ningún otro sitio y que tienen la desfachatez de llamarse artistas. No hay ninguno que tenga talento, pero abundan los ineptos, los borrachos, los intrigantes y los chismosos. No logro expresarle la amargura que siento al ver cómo el arte al que tanto amo ha caído en manos de personas a las que detesto. Qué pena que los hombres mejores sólo vean el mal de lejos, no quieran aproximarse y, en lugar de intervenir, se dediquen a escribir en un estilo enfadoso lugares comunes y juicios morales que nadie necesita...».

Y a continuación añadía muchas otras cosas, todas del mismo tenor.

Al cabo de algún tiempo recibí esta carta: «Me han engañado de la manera más miserable. No puedo seguir viviendo. Disponga de mi dinero como lo estime oportuno. Le he querido siempre como a un padre, como a mi único amigo. Perdóneme».

Por lo visto también *él* pertenecía a la «reata de salvajes». Más tarde, a partir ciertas alusiones, pude adivinar que se había producido un intento de suicidio. Al parecer, Katia había intentado envenenarse. Es de suponer que después de ese incidente estuvo gravemente enferma, pues la siguiente carta la recibí ya desde Yalta, adonde, con toda probabilidad, la habían mandado los médicos. En su última carta me pedía que le enviara mil rublos a Yalta lo antes posible y concluía con estas palabras: «Perdone que esta carta sea tan

sombría. Ayer he enterrado a mi hijo». Después de pasar en Crimea cerca de un año, regresó a casa.

Se había pasado viajando cerca de cuatro años; a lo largo de todo ese tiempo, el papel que representé en su vida, debo reconocerlo, fue bastante extraño y muy poco envidiable. Cuando primero me anunció que quería ser actriz y después me escribió en varias ocasiones para hablarme de su amor; cuando periódicamente se apoderaba de ella el deseo de gastar y tenía que enviarle, a petición suya, tan pronto mil como dos mil rublos; cuando me anunció que había decidido acabar con su vida y me comunicó después la muerte de su hijo, me sentía siempre desconcertado, y mi única participación en su destino se limitaba a prolongadas meditaciones y largas cartas aburridas que bien podría haberme ahorrado. ¡Y, sin embargo, era como un padre para ella y la quería como a una hija!

Ahora Katia vive a media versta de mi casa. Ha alquilado un piso de cinco habitaciones y lo ha dispuesto todo de manera bastante confortable, empleando para ello su buen gusto. Si alguien quisiera describir el mobiliario, el elemento preponderante del cuadro sería la indolencia. Mullidos divanes y cómodos taburetes para el perezoso cuerpo; alfombras para los perezosos pies; colores desvaídos, apagados o mates para la perezosa vista, y para la inteligencia perezosa paredes llenas de abanicos baratos y de cuadros minúsculos, cuya originalidad de ejecución prevalece sobre el contenido; un montón de mesitas y de repisas abarrotadas de objetos completamente inútiles y desprovistos de valor; trapos informes en lugar de cortinas... Todo eso, junto con el temor a los colores intensos, la simetría y el espacio, amén de la pereza mental, da fe también de una perversión del gusto natural. Katia se pasa días enteros tumbada en el diván leyendo libros, principalmente novelas y relatos. Sólo sale de casa una vez al día, después de las doce, para venir a verme.

Mientras yo trabajo, Katia se sienta en un sofá, cerca de mí, guarda silencio y se envuelve en el chal, como si tuviera frío. Será porque me cae bien o porque me he acostumbrado a sus frecuentes visitas desde que era niña, pero el caso es que su presencia no me impide concentrarme. De tanto en tanto le hago maquinalmente una pregunta, a la que responde con la mayor parquedad; o bien, para descansar un momento, me vuelvo hacia ella y observo cómo contempla, pensativa, una revista médica o el periódico. Y en esos instantes me doy cuenta de que su rostro no expresa ya aquella credulidad de antaño. Ahora tiene un aire frío, indiferente, distraído, como los pasajeros que deben esperar un tren durante largas horas. Sigue vistiendo con

sencillez y elegancia, pero su atuendo denota cierto descuido. Su ropa y su peinado muestran a las claras que ha pasado días enteros tumbada en sofás y mecedoras. Y ha perdido la curiosidad de antaño. Ya no me hace preguntas, como si lo hubiera experimentado todo en la vida y no esperara escuchar nada nuevo.

Poco antes de las cuatro se oye movimiento en la sala y en el recibidor. Liza ha vuelto del conservatorio, acompañada de unas amigas. Se las oye tocar el piano, ejercitar la voz, reírse. En el comedor Yegor pone la mesa, entre el tintineo de los platos.

—Adiós —dice Katia—. Hoy no paso a ver a los demás. Dígales que me disculpen. No tengo tiempo. Venga a verme.

Cuando la acompaño al vestíbulo, me mira severa de la cabeza a los pies y dice con enfado:

—¡Sigue usted adelgazando! ¿Por qué no consulta a un médico? Voy a pasar por casa de Serguéi Fiódorovich y le diré que venga a echarle un vistazo.

—No es necesario, Katia.

—¡No logro entender a su familia! ¡Se diría que les da lo mismo!

Se pone el abrigo con movimientos bruscos y, al hacerlo, dos o tres horquillas caen inevitablemente de su cabello peinado con descuido. Es demasiado perezosa para pararse a arreglarse el cabello; además, no tiene tiempo. Acomoda con torpeza los rizos sueltos bajo el sombrero y se va.

Cuando entro en el comedor, mi mujer me pregunta:

—¿Era Katia la que estaba contigo? ¿Por qué no ha pasado a vernos? La verdad es que resulta extraño...

—¡Mamá! —le dice Liza con aire de reproche—. Si no quiere vernos, es asunto suyo. No vamos a ponernos de rodillas.

—Como quieras, pero es una falta de respeto. Se pasa tres horas en el despacho y no se acuerda de nosotras. En cualquier caso, que haga lo que le parezca.

Varia y Liza odian a Katia. Ese odio me resulta incomprensible; es probable que sólo una mujer pueda entenderlo. Apuesto la cabeza a que de los ciento cincuenta jóvenes que acuden diariamente a mis clases y del centenar de hombres maduros con quienes trato cada semana no hay apenas uno capaz de entender el odio y la aversión al pasado de Katia, es decir, al embarazo extramatrimonial y el alumbramiento de un hijo ilegítimo, y al mismo tiempo, no me viene a la cabeza el nombre de una sola mujer o muchacha conocida que no haya experimentado los mismos sentimientos, conscientemente o de

forma instintiva. Y no porque la mujer sea más virtuosa y más pura que el hombre: en realidad, la virtud y la pureza no se distinguen mucho del vicio si no están exentas de un sentimiento maligno. Yo lo achaco simplemente al atraso de las mujeres. La amarga compasión y la mala conciencia del hombre de nuestros días ante la desgracia son, a mi modo de ver, signos mucho más evidentes de cultura y altura moral que el odio y la aversión. La mujer moderna sigue siendo tan plañidera y dura de corazón como en la Edad Media. En mi opinión, tienen toda la razón quienes aconsejan a las mujeres educarse como los hombres.

Además, a mi mujer no le gusta Katia por otras razones: porque ha sido actriz, por su ingratitud, por su orgullo, por su excentricidad, por los numerosos defectos que una mujer siempre sabe encontrar en otra.

Suelen comer con nosotros dos o tres amigas de mi hija y Aleksandr Adólfovich Gnékker, admirador y pretendiente de Liza. Es un joven rubio, de treinta años a lo sumo, estatura mediana, muy gordo, ancho de espaldas, con patillas pelirrojas y bigotillo teñido, que confiere a su rostro liso y redondo cierto aire de muñeco. Lleva una chaqueta muy corta, chaleco de fantasía, pantalón a grandes cuadros, muy anchos en la cintura y muy estrechos en el tobillo, y botines amarillos sin tacón. Tiene ojos saltones, como los de un cangrejo, y su corbata se parece a la cola de una gamba; hasta tengo la impresión de que toda su figura exhala cierto olor a sopa de pescado. Viene a vernos a diario, pero ningún miembro de mi familia conoce su procedencia, dónde ha estudiado, cómo se gana la vida. No canta ni toca ningún instrumento, pero tiene cierta relación con la música y el canto, vende pianos no sé dónde, acude con asiduidad al conservatorio, trata a todas las celebridades, da disposiciones en los conciertos, expone juicios musicales con gran autoridad y, según he observado, los demás le dan la razón de buena gana.

Los ricos siempre tienen parásitos a su alrededor; los científicos y los artistas, también. No creo que haya en el mundo ningún arte o ciencia que esté libre de la presencia de «cuerpos extraños» como ese señor Gnékker. No entiendo de música y tal vez me equivoque con ese Gnékker, al que, por lo demás, apenas conozco. Pero la autoridad y la dignidad con que se sitúa junto al piano y escucha, cuando alguien toca o canta, me parecen bastante sospechosas.

Ya puede ser uno espejo de caballeros y consejero privado, pero si tiene una hija en edad casadera nada puede impedir que la vulgaridad que conlleva el noviazgo, la petición de mano y la boda acabe entrando en su hogar e

insinuándose en su ánimo. Yo, por ejemplo, no puedo soportar la expresión solemne que adopta el rostro de mi mujer cada vez que viene a visitarnos el señor Gnékker; tampoco puedo soportar las botellas de laffitte, oporto y jerez, que sólo se ponen sobre la mesa para que pueda ver con sus propios ojos que nadamos en la abundancia y en el lujo. No aguanto tampoco esa risita entrecortada de Liza, aprendida en el conservatorio, ni su manera de entornar los ojos cuando tenemos invitados varones. Y, sobre todo, no logro entender por qué viene cada día a mi casa y come conmigo un ser completamente ajeno a mis costumbres, a mi profesión, a mi modo de vida; un ser completamente distinto de las personas que me agradan. Mi mujer y la criada susurran en secreto que es «un pretendiente», pero sigo sin entender las razones de su presencia; despierta en mi ánimo el mismo desconcierto que si a mi mesa se sentara un zulú. También encuentro extraño que a mi hija, a quien estoy habituado a considerar una niña, puedan gustarle esa corbata, esos ojos, esas mejillas flácidas...

Antes almorzar me resultaba grato, o al menos indiferente; ahora sólo me causa tedio o irritación. Desde que se me concedió el título de «excelencia» y se me nombró decano de la facultad, mi familia juzgó necesario, por alguna razón, cambiar totalmente nuestro menú y nuestros hábitos alimentarios. En lugar de los platos sencillos a los que me habitué en mis tiempos de estudiante y médico, me sirven una especie de puré, en el que nadan grumos blancos, y riñones al madeira. El grado de general y la fama me han privado para siempre de la sopa de col, de las sabrosas empanadillas, del ganso con manzanas y de la perca con gachas. También me han privado de la criada Agasha, una viejecita dicharachera y ocurrente, en cuyo lugar sirve ahora la mesa Yegor, un muchacho obtuso y arrogante, con un guante blanco en la mano derecha. Los intervalos entre plato y plato son breves, pero parecen desmesuradamente largos, porque no hay nada con que rellenarlos. Han desaparecido la anterior jovialidad, las conversaciones espontáneas, las bromas, las risas, las muestras de afecto recíproco y esa alegría que embargaba a los niños, a mi mujer y a mí cuando nos reuníamos en el comedor. Para mí, hombre ocupado, el almuerzo me proporcionaba la oportunidad de descansar y charlar un rato, y para mi mujer y mis hijos constituía una fiesta, puede que breve, pero también animada y jovial, porque sabían que, durante media hora, me olvidaba de la ciencia y de los estudiantes, y sólo pertenecía a ellos. Hemos perdido la capacidad de embriagarnos con una sola copa, Agasha ya no nos acompaña, no se sirve nunca perca con gachas y ya no se oye ese barullo con que acogíamos

cualquier pequeño incidente de la comida, como, por ejemplo, las peleas del perro y el gato debajo de la mesa o la venda de Katia cayendo de la mejilla al plato de sopa.

Una descripción de las comidas actuales resultaría tan insípida como su ingestión. El rostro de mi mujer expresa solemnidad y afectada importancia, así como su habitual preocupación. Mira con aprensión nuestros platos y comenta: «Veo que el asado no os gusta... Decid la verdad: ¿os gusta o no?». Y yo debo responder: «No hay motivo para que te preocupes, querida, el asado está riquísimo». Ella entonces replica: «Siempre sales en mi defensa, Nikolái Stepánich, y nunca dices la verdad. ¿Por qué Aleksandr Adólfovich ha comido tan poco?», y así durante todo el almuerzo. Liza prodiga sus risas entrecortadas y no para de entornar los ojos. Las observo a ambas y sólo ahora, durante el almuerzo, me doy cuenta de que la vida interior de una y otra ha escapado hace tiempo a mi observación. Tengo la sensación de que una vez viví en una casa con una familia verdadera, mientras ahora soy huésped de una mujer ajena y contemplo a una falsa Liza. Se ha producido en ambas un cambio brusco, sin que yo haya reparado en el largo proceso que ha desembocado en esa transformación; no ha de sorprender, por tanto, que no entienda nada. ¿Por qué se ha producido ese cambio? No lo sé. Puede que todo el mal consista en que Dios no ha concedido a mi mujer y mi hija las mismas fuerzas que a mí. Desde niño estoy acostumbrado a luchar contra las influencias externas y mi espíritu se ha fortalecido bastante; catástrofes de la vida como la celebridad, el rango de general, el paso de una existencia desahogada a otra que está por encima de nuestros medios, el trato con representantes de la aristocracia, etcétera, apenas me han afectado, y he seguido siendo el que era; en cambio, para mi mujer y para mi Liza, seres débiles e impresionables, todo eso se les ha venido encima como una gran avalancha de nieve que las ha aplastado.

Las señoritas y Gnékker hablan de fugas y contrapuntos, de cantantes y pianistas, de Bach y Brahms, mientras mi mujer, temiendo que se la tilde de ignorante en materia musical, sonríe con benevolencia y balbucea: «Una maravilla... ¿Es posible? Qué me dice...». Gnékker come con solemnidad, bromea con solemnidad y escucha con aire condescendiente las observaciones de las señoritas. De vez en cuando le entran ganas de decir algo en un francés horrible y entonces, no sé por qué, considera necesario dirigirse a mí como *vôtre excellence*.

Pero yo estoy de mal humor. Por lo visto, estorbo a todos y ellos me estorban a mí. Nunca había conocido de cerca el antagonismo de clase, pero

ahora me atormenta un sentimiento de ese tipo. Me esfuerzo por descubrir en Gnékker sólo rasgos negativos, los encuentro en seguida y me descorazona que el prometido de mi hija sea un hombre que no pertenece a mi círculo. Hay otra razón por la que su presencia ejerce sobre mí una influencia negativa. Por lo general, cuando me quedo solo o me encuentro en compañía de personas a las que estimo, no pienso nunca en mis méritos, y, si alguna vez me vienen a la cabeza, se me antojan tan insignificantes como si hasta el día de ayer no hubiese iniciado mi actividad científica; en cambio, en presencia de individuos como Gnékker, mis méritos se me aparecen como una montaña altísima, cuya cima desaparece entre las nubes y a cuyo pie pululan, apenas perceptibles, los tipos como él.

Después del almuerzo paso a mi despacho y me fumo una pipa, la única de todo el día; es un vestigio que me ha quedado de un mal hábito que tenía antaño, cuando no paraba de echar humo de la mañana a la noche. Mientras estoy fumando, mi mujer viene a verme para charlar conmigo. Lo mismo que por la mañana, sé por adelantado de qué vamos a ocuparnos.

—Tengo que hablarte de un asunto serio, Nikolái Stepánich —empieza—. Se trata de Liza... ¿Por qué no le prestas atención?

—¿A qué te refieres?

—Haces como si no te dieras cuenta de nada y eso no está bien. No hay que tomarse las cosas a la ligera... Gnékker tiene ciertas intenciones respecto a Liza... ¿A ti qué te parece?

—No puedo asegurar que sea una mala persona porque no lo conozco, pero ya te he dicho mil veces que no me gusta.

—Pero no puedes... no puedes... —se pone en pie y empieza a pasearse muy agitada—. No puedes adoptar esa actitud ante un paso tan serio —dice—. Cuando se trata de la felicidad de una hija, hay que dejar a un lado los sentimientos personales. Sé que Gnékker no te gusta... Muy bien... Si lo rechazamos ahora y lo mandamos todo a paseo, ¿qué garantías tienes de que Liza no nos lo vaya a echar en cara toda la vida? En los tiempos que corren no resulta fácil encontrar pretendientes y puede suceder que no se presente otro... Gnékker quiere mucho a Liza y, por lo visto, a ella también le gusta... Cierto que no tiene una posición estable, pero ¿qué le vamos a hacer? Si Dios quiere, con el tiempo obtendrá un puesto en alguna parte. Es rico y de buena familia.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho él. Su padre tiene una gran casa en Járkov y una propiedad en los alrededores. En suma, Nikolái Stepánich, es de todo punto

necesario que vayas a Járkov.

—¿Para qué?

—Allí podrás informarte... Tienes profesores conocidos que te ayudarán. Yo misma iría, pero soy una mujer. No puedo...

—No pienso ir a Járkov —digo con aire sombrío.

Mi mujer se asusta y a su rostro asoma una expresión de intenso dolor.

—¡Por el amor de Dios, Nikolái Stepánovich! —me suplica, sollozando—. ¡Por el amor de Dios, quítame este peso de encima! ¡No sabes lo que estoy pasando!

Me da pena mirarla.

—Está bien, Varia —le digo con voz afectuosa—. Si así lo quieres, iré a Járkov y haré todo lo que me pidas.

Ella se lleva un pañuelo a los ojos y se retira a su habitación para llorar. Me quedo solo.

Poco después me traen una luz. Los sillones y la pantalla de la lámpara proyectan sobre las paredes y el suelo unas sombras tantas veces contempladas que se me han vuelto tediosas; al verlas, tengo la impresión de que ya es de noche y de que están a punto de iniciarse las horas malditas del insomnio. Me tumbo en la cama, luego me levanto y voy de un lado a otro de la habitación; a continuación me tumbo de nuevo... Por lo común, después del almuerzo, a la caída de la tarde, mi excitación nerviosa alcanza su punto más alto. Me pongo a llorar sin razón alguna y escondo la cabeza debajo de la almohada. En esos momentos tengo miedo de que entre alguien, como también de morirme de improviso, y me avergüenzo de mis lágrimas, al tiempo que se apodera de mí una angustia intolerable. Advierto que ya no puedo soportar la visión de la lámpara, ni de los libros, ni de las sombras en el suelo; tampoco el rumor de voces que me llega desde la sala. Una fuerza invisible e incomprensible me arrastra sin contemplaciones fuera de mi casa. Me levanto de un salto, me pongo el abrigo a toda prisa y, sin hacer ruido, para que mi familia no se entere, salgo a la calle. ¿Adónde ir?

Hace tiempo que tengo preparada en mi cabeza la respuesta a esa pregunta: a casa de Katia.

III

Como de costumbre, está tumbada en la otomana o en el diván, leyendo un libro. Al verme, levanta la cabeza con indolencia, se sienta y me tiende la mano.

—Te pasas el día entero tumbada —le digo al cabo de un rato, una vez recuperado el aliento—. No es sano. ¿Por qué no te ocupas de algo?

—¿Eh?

—Digo que deberías ocuparte de algo.

—¿De qué? Una mujer sólo puede ser una simple trabajadora o una actriz. Silencio.

—Podrías casarte —le digo medio en broma.

—No tengo con quién. Además, no hay ninguna razón para ello.

—No puedes seguir viviendo así.

—¿Sin marido? ¡Menudo problema! Si quisiera, tendría todos los hombres que se me antojaran.

—Eso no está bien, Katia.

—¿Qué es lo que no está bien?

—Lo que acabas de decir.

Viendo mi pesadumbre y deseando mitigar la mala impresión que me ha causado su comentario, Katia dice:

—Vamos. Aquí. Así.

Me lleva a una habitación pequeña, muy acogedora, y me dice, señalando un escritorio:

—Ahí tiene... Lo he dispuesto para usted. Puede trabajar aquí. Venga cada día y póngase a trabajar. En su casa no hacen más que molestarle. ¿Trabjará aquí? ¿Le parece bien?

Para no apenarla con una negativa, le respondo que sí y añado que la habitación me gusta mucho. Luego nos sentamos en esa habitacioncita tan agradable y nos ponemos a charlar.

El calor, el ambiente acogedor y la presencia de una persona simpática ya no despiertan en mí un sentimiento de satisfacción, como antaño, sino unas ganas inmensas de lamentarme y refunfuñar. Por algún motivo, tengo la impresión de que, si gruño y me quejo, me sentiré más aliviado.

—¡Las cosas van mal, querida! —empiezo con un suspiro—. Muy mal...

—¿Qué pasa?

—Pues verás, querida. El derecho más elevado y más sagrado de los reyes es el derecho de gracia. Yo siempre me he sentido un rey, porque he hecho un uso ilimitado de ese derecho. Nunca he juzgado a nadie, he sido siempre condescendiente, he perdonado de buena gana a diestro y siniestro. Cuando otros protestaban y se indignaban, yo sólo daba consejos y procuraba persuadir. A lo largo de toda mi vida he procurado que mi compañía fuese soportable para mi familia, los estudiantes, los compañeros, la servidumbre. Y sé que esa actitud con la gente ha ejercido una influencia beneficiosa sobre todos los que han estado cerca de mí. Pero ya no soy un rey. Me está sucediendo algo que sólo puede entenderse en un esclavo: día y noche revolotean por mi cabeza malos pensamientos, mientras en mi alma han anidado sentimientos hasta ahora desconocidos. Odio, desprecio, me indigno, me irrito, temo. Me he vuelto severo en demasía, exigente, irascible, descortés, suspicaz. Incluso lo que antes no era más que un pretexto para hacer alguna broma o reírme de buena gana, ahora despierta en mí sentimientos angustiosos. Hasta mi lógica ha cambiado: antes despreciaba sólo el dinero, ahora, además del dinero, detesto a los ricos, como si fueran culpables de su situación; antes odiaba la violencia y la arbitrariedad, ahora detesto a la gente que hace uso de la violencia, como si sólo ellos tuvieran la culpa, y no todos nosotros, incapaces de educarnos unos a otros. ¿Qué significa todo eso? Si esos sentimientos y pensamientos nuevos son fruto de un cambio de opinión, ¿a qué obedece ese cambio? ¿Acaso el mundo se ha vuelto peor y yo mejor? ¿O es que antes estaba ciego y me mostraba indiferente? Si ese cambio se debe a un decaimiento general de las fuerzas físicas y mentales (estoy enfermo y cada día que pasa pierdo peso), mi situación es lamentable: significa que mis nuevas ideas son anormales, insanas, que debo avergonzarme de ellas y considerarlas insignificantes...

—La enfermedad no tiene nada que ver con eso —me interrumpe Katia—. Lo que pasa es que ha abierto usted los ojos. Nada más. Y ha visto cosas en las que antes, por alguna razón, no quería reparar. En mi opinión, lo primero que debe hacer es romper de una vez por todas con su familia y marcharse.

—No digas bobadas.

—Ya no les quiere. ¿A qué viene seguir fingiendo? Además, ¿cómo puede llamarse familia a eso? ¡Son todos verdaderas nulidades! Si murieran hoy, mañana nadie repararía en su ausencia.

Katia desprecia a mi mujer y a mi hija con la misma vehemencia con que ellas la odian. En los tiempos que corren se ha vuelto casi imposible hablar del derecho de la gente a despreciarse. No obstante, si aceptamos el punto de vista de Katia y reconocemos ese derecho, nos damos cuenta de que tiene el mismo derecho a despreciar a mi mujer y a Liza que ellas a odiarla.

—¡Unas nulidades! —repite—. ¿Ha almorzado usted hoy? ¡Qué raro que se hayan acordado de llamarlo a la mesa! ¡Me sorprende que sigan acordándose de su existencia!

—Katia —digo yo con severidad—, haz el favor de callarte.

—¿Cree usted que me gusta hablar de ellas? Lo que daría por no haberlas conocido. Hágame caso, amigo mío: déjelo todo y márchese. Váyase al extranjero. Y cuanto antes, mejor.

—¡Qué tontería! ¿Y la universidad?

—Déjela también. ¿Para qué la quiere? En realidad no vale para nada. Lleva ya treinta años dando clases. ¿Y dónde están sus alumnos? ¿Cuántos se han convertido en científicos famosos? ¡Trate de contarlos! Y para multiplicar el número de esos médicos que se aprovechan de la ignorancia y ganan cientos de miles de rublos no se necesita tener talento ni ser un hombre de bien. Sobra usted.

—¡Dios mío, qué dura eres! —digo espantado—. ¿Cómo puedes ser tan dura? Cállate o me voy. No estoy en condiciones de responder a las barbaridades que has dicho.

Entra la criada y nos anuncia que el té está listo. Gracias a Dios, en torno al samovar la conversación cambia de tono. Después de haberme lamentado, me entran ganas de dar rienda suelta a otra de mis debilidades seniles: los recuerdos. Le refiero episodios de mi pasado y, con gran sorpresa por mi parte, le cuento detalles que no sospechaba siquiera haber conservado en la memoria. Ella me escucha conmovida, orgullosa, conteniendo la respiración. Lo que más me gusta es hablarle de mis tiempos de estudiante en el seminario y de mis sueños de ingresar en la universidad.

—Tenía la costumbre de pasear por el jardín del seminario... —comento—. Y bastaba que el viento me trajese de una taberna lejana el son de un acordeón y de una canción, o que se oyera junto a la tapia el campanilleo de una troika, para que un sentimiento de felicidad llenara de improviso no sólo

mi pecho, sino también mi estómago, mis piernas, mis brazos... Escuchando el acordeón o el tintineo de la campanilla apagándose en el aire, me veía ya médico y no paraba de figurarme escenas, a cual más hermosa. Y, como puedes ver, mis sueños se han cumplido. He obtenido más premios de los que me atrevía a ambicionar. Durante treinta años he sido un profesor respetado, he tenido excelentes compañeros, he disfrutado de fama y honores. Me enamoré, me casé llevado de un amor apasionado, tuve hijos. En suma, si echo la vista atrás, toda mi vida se me antoja una composición bella, ejecutada con talento. Ahora sólo me queda no estropear el final. Y para ello es necesario morir con dignidad. Si la muerte es en verdad un peligro, hay que afrontarla como se espera de un maestro, de un científico, de un ciudadano de un Estado cristiano: con valor y el ánimo tranquilo. Pero yo estoy estropeando el final. Me ahogo, corro en tu busca, solicito ayuda y tú me dices: ahógate, así es como debe ser.

De pronto suena el timbre en el recibidor. Katia y yo reconocemos el modo de llamar y decimos:

—Debe de ser Mijaíl Fiódorovich.

Y en efecto, al cabo de un minuto, entra un colega mío de la universidad, el filólogo Mijaíl Fiódorovich, hombre alto, bien plantado, de unos cincuenta años, con espesos cabellos grises, cejas negras y mentón rasurado. Es un buen hombre y un compañero excelente. Proviene de una familia noble de rancio abolengo, bastante afortunada y con varios hombres de talento entre sus filas, que han desempeñado un papel notable en la historia de nuestra literatura y de nuestra instrucción. Es inteligente, brillante, muy culto, pero no carece de rarezas. En cierto sentido, todos somos extraños y extravagantes, pero sus excentricidades tienen cierto carácter excepcional y no resultan inocuas para sus amistades. Entre estas últimas conozco a algunas que, cegadas por esas rarezas, son incapaces de ver ninguna de sus numerosas cualidades.

Al entrar, se quita con parsimonia los guantes y dice con su aterciopelada voz de bajo:

—Buenas tardes. ¿Están tomando el té? Pues muy a propósito. Hace un frío del demonio.

Luego se sienta a la mesa, coge un vaso y, sin más preámbulos, se pone a hablar. Lo más característico de su discurso es ese tono siempre burlón, mezcla de filosofía y chanza, como el de los sepultureros shakespearianos. Siempre habla de asuntos serios, pero nunca lo hace en serio. Sus juicios son siempre inapelables, injuriosos, pero, gracias a ese tono mesurado, ecuánime, burlón, su aspereza y zafiedad no hieren los oídos, y acaba uno por

acostumbrarse. Cada tarde trae cinco o seis anécdotas relativas a la vida universitaria, con las que suele empezar, nada más sentarse a la mesa.

—Ah, Señor —exclama con un suspiro, moviendo maliciosamente las cejas—. ¡Qué gente más ridícula hay en este mundo!

—¿Por qué lo dice? —pregunta Katia.

—Hoy mismo, al salir de clase, me encuentro en la escalera con ese viejo idiota de N. N. Como de costumbre, caminaba alargando su hocico de caballo, en busca de alguien con quien quejarse de su jaqueca, de su mujer y de los estudiantes, que no quieren acudir a sus clases. «Bueno —pienso—, me ha visto. Estoy perdido. No tengo escapatoria.» —y seguía en el mismo tono, o empezaba así—: Ayer estuve en la conferencia pública dictada por Z. Z. Me sorprende que nuestra *alma máter*, mejor no nombrarla de noche, se atreva a mostrar en público a mentecatos y zoquetes de la talla de ese Z. Z. ¡Es un estúpido de proporciones europeas! ¡En realidad, sería imposible encontrar otro como él en toda Europa aunque se lo buscara con lupa! Figúrense, habla como si estuviera chupando un caramelo: siu, siu, siu... Se amedrenta, no entiende bien su propia escritura, sus pensamientos avanzan a tirones, a la velocidad de un archimandrita en bicicleta, y, sobre todo, no hay manera de entender lo que quiere decir. Un aburrimiento tan espantoso que hasta las moscas caen en una especie de sopor. Un aburrimiento sólo comparable al que reina en el Paraninfo durante la inauguración del año académico, cuando se lee el tradicional discurso, que el diablo se lo lleve —y a continuación se produce un brusco cambio de tono—: Hará cosa de unos tres años, seguro que Nikolái Stepánovich se acuerda, me tocó pronunciar ese discurso. Un calor sofocante, el uniforme me apretaba bajo las axilas... ¡En definitiva, una tortura! Leo media hora, una hora, hora y media, dos horas... «Bueno —pienso—, gracias a Dios ya sólo quedan diez páginas». Al final quedaban cuatro páginas que bien podían no leerse y que contaba con saltarme. «Eso significa —pienso— que sólo quedan seis». Pero, figúrense, echo un vistazo al auditorio y veo sentados en primera fila, uno al lado del otro, a un general con una cinta en el pecho y al obispo. Los pobres estaban muertos de aburrimiento y abrían mucho los ojos para no quedarse dormidos, al tiempo que aparentaban prestar atención y fingían comprender y disfrutar de mi discurso. «Bueno —pienso—, ya que os gusta tanto, os lo suelto todo. ¡Para que os fastidiéis!» Y me puse a leer las cuatro páginas de marras.

Cuando habla, sólo sonrían sus ojos y sus cejas, como sucede con todas las personas socarronas. En tales momentos en sus ojos no se advierte rastro alguno de odio ni maldad, sino mucho ingenio y esa peculiar astucia zorruna

propia de individuos muy observadores. En lo que respecta a sus ojos, he reparado en otra peculiaridad. Cuando coge el vaso de manos de Katia o escucha alguna observación suya o la sigue con la mirada al salir ella de la habitación, para ocuparse de alguna tarea, percibo en su mirada un destello de mansedumbre, súplica, pureza...

La criada retira el samovar y deja sobre la mesa un gran pedazo de queso, frutas y una botella de champán de Crimea, un vino bastante malo al que Katia se aficionó durante su estancia en aquellas tierras. Mijaíl Fiódorovich coge de un estante dos mazos de cartas y se pone a hacer un solitario. Es de la opinión de que algunos solitarios exigen mucha agilidad mental y concentración, pero, en cualquier caso, no se desentiende de la conversación mientras dispone las cartas. Katia sigue con atención sus movimientos y lo ayuda más con gestos que con palabras. A lo largo de toda la velada no bebe más que dos copas de vino, yo bebo un cuarto de vaso; del resto de la botella da buena cuenta Mijaíl Fiódorovich, que puede beber mucho sin emborracharse nunca.

Mientras hace el solitario, hablamos de diversos asuntos, sobre todo de orden superior, y el resultado es que lo que sale peor parado es lo que más amamos, es decir, la ciencia.

—La ciencia, gracias a Dios, se ha quedado anticuada —comenta Mijaíl Fiódorovich, alargando las palabras—. Ya ha dicho lo que tenía que decir. Así es, señores. La humanidad empieza ya a sentir la necesidad de sustituirla por alguna otra cosa. Ha crecido en un suelo de prejuicios, se ha nutrido de prejuicios y hoy día constituye la quintaesencia de los prejuicios, como sus decrepitas abuelas: la alquimia, la metafísica y la filosofía. En realidad, ¿qué le ha dado a los hombres? Al fin y a la postre, entre los cultivados europeos y los chinos, que no tienen ciencia ninguna, las diferencias son insignificantes, meramente formales. Los chinos no saben nada de ciencia, pero ¿qué es lo que se han perdido?

—Tampoco las moscas saben nada de ciencia —observo yo—, pero ¿qué se desprende de eso?

—No hay razón para que se enfade, Nikolái Stepánovich. Son cosas que digo aquí, entre nosotros... Soy más prudente de lo que usted se figura; jamás se me ocurriría decir algo así en público, ¡Dios me libre! La gente de a pie sigue creyendo que las artes y las ciencias son superiores a la agricultura, el comercio, la artesanía. Nuestra secta se alimenta de ese prejuicio y no seremos nosotros quienes lo destruyamos. ¡Dios nos libre!

Antes de terminar el solitario, también los jóvenes reciben lo suyo.

—La sociedad ha degenerado —suspira Mijaíl Fiódorovich—. De los ideales y esas cosas mejor no hablar. ¡Si al menos los hombres fueran capaces de trabajar y pensar como es debido! Viene muy a propósito eso de: «Contemplo con tristeza a mi generación»^[8].

—Sí, una degeneración horrible —asiente Katia—. Díganme, ¿han tenido al menos un alumno excepcional en los últimos cinco o diez años?

—No sé qué dirán los demás profesores, pero yo no recuerdo a ninguno.

—A lo largo de mi vida he visto muchos estudiantes, jóvenes científicos y muchos actores... ¿Y saben una cosa? Ni una sola vez he tenido la fortuna de encontrarme no ya con un héroe o un hombre de talento, sino ni siquiera con una persona interesante. Todo es gris, mediocre, pretencioso...

Todos esos comentarios sobre la degeneración me causan siempre la impresión de haber oído por casualidad una conversación en la que se denigra a mi hija. Me ofende que las acusaciones sean infundadas y se basen en lugares comunes y espantajos como la degeneración, la falta de ideales o la referencia a un glorioso pasado. Cualquier acusación, aunque se pronuncie en presencia de mujeres, debe formularse con la mayor precisión posible: de otro modo deja de ser una acusación y se convierte en simple maledicencia, indigna de personas decentes.

Soy un anciano, llevo trabajando treinta años, pero no advierto degeneración ni falta de ideales y no me parece que las cosas estén peor ahora que antes. Mi bedel, Nikolái, cuya experiencia en el tema que nos ocupa no carece de valor, dice que los estudiantes actuales no son mejores ni peores que los de entonces.

Si me preguntasen qué es lo que no me gusta de mis alumnos actuales, no daría una respuesta inmediata y prolija, sino bastante precisa. Conozco sus defectos y, por tanto, no necesito recurrir a la niebla de los lugares comunes. No me gusta que fumen, que tomen bebidas alcohólicas, que tarden en casarse, que sean despreocupados y a menudo tan indiferentes que permiten que haya entre ellos compañeros hambrientos y no pagan lo que deben a la sociedad de ayuda a los estudiantes. No conocen lenguas modernas y se expresan mal en ruso; ayer mismo un colega mío, profesor de higiene, se quejaba de que se veía obligado a explicar las cosas dos veces, ya que sus alumnos no saben casi nada de física y no tienen la menor idea de meteorología. Se someten de buena gana a la influencia de cualquier escritor contemporáneo, incluso de los mediocres, pero se muestran totalmente indiferentes a autores clásicos como Shakespeare, Marco Aurelio, Epicteto o Pascal, y esa incapacidad para distinguir lo grande de lo pequeño manifiesta

ante todo su desconocimiento de la vida. Todas las cuestiones complejas de carácter más o menos social (por ejemplo, la emigración) las resuelven con suscripciones, no por la vía de la experimentación y la investigación científica, aunque ese método está a su disposición y es más afín a su formación. No tienen ningún reparo en convertirse en médicos internos, asistentes, personal de laboratorio, médicos externos, y están dispuestos a ocupar esos puestos hasta los cuarenta años, aunque la independencia, el sentido de la libertad y la iniciativa individual no es menos necesaria en la ciencia que, por ejemplo, en el arte o el comercio. Tengo alumnos y oyentes, pero no ayudantes y sucesores, y por eso los aprecio y me conmuevo, pero no me siento orgulloso de ellos. Etcétera, etcétera...

Esa clase de defectos, por muy numerosos que sean, sólo pueden suscitar un ánimo pesimista o pendenciero en personas pusilánimes y tímidas. Todos ellos son de carácter casual y pasajero y dependen por entero de las condiciones de vida; bastan unos diez años para que desaparezcan o dejen su lugar a otros defectos nuevos, que son inevitables y que, a su vez, asustarán a los pusilánimes. Los pecados de los estudiantes a veces me irritan, pero esa irritación no es nada comparada con la alegría que experimento desde hace ya treinta años cuando converso con los alumnos, les doy clase, observo sus relaciones y los comparo con personas que no pertenecen a su círculo.

Mijaíl Fiódorovich critica, Katia escucha, y ninguno de los dos se da cuenta del profundo abismo al que los va arrastrando poco a poco una diversión en apariencia tan inocente como censurar a los demás. No advierten que una simple conversación va adentrándose paulatinamente en el terreno de la burla y el escarnio y que ambos empiezan a recurrir a métodos calumniosos.

—Hay algunos tipos ridículos —dice Mijaíl Fiódorovich—. Ayer voy a casa de Yegor Petróvich y me encuentro allí a un empollón, uno de sus estudiantes de medicina, de tercer curso, me parece. Con una cara... de estilo dobroliuboviano^[9] y en la frente la impronta de la profundidad de pensamiento. Nos pusimos a hablar. «Así son las cosas, jovencito —digo—. He leído que un alemán (he olvidado su nombre) ha obtenido un nuevo alcaloide, la idiotina, del cerebro humano». ¿Y pueden creérselo? Se lo creyó y hasta adoptó una expresión de respeto, como si se dijera: «¡Buenos somos los médicos!». Y les contaré otro caso. Hace unos días voy al teatro. Me siento. En la fila de delante hay dos personas: uno era, por lo visto, un estudiante de derecho; el otro, desgreñado, de medicina. Este último estaba borracho como una cuba y no prestaba la menor atención al escenario. Se

había quedado medio dormido y daba cabezadas. Pero, en cuanto un actor iniciaba un monólogo en voz alta o simplemente subía el tono, nuestro hombre se estremecía, le daba un codazo a su vecino y preguntaba: «¿Qué dice? ¿Algo sublime?». «Sí», respondía el otro. «¡Bravo! —voceaba el estudiante de medicina—. ¡Sublime! ¡Bravo!» Como ven, ese zoquete borracho no había ido al teatro en busca de arte, sino de algo sublime. Necesitaba algo sublime.

Katia le escucha y se ríe. Su risa tiene algo de extraño: las aspiraciones, rápidas y regulares, se alternan con las espiraciones, como si estuviese tocando el acordeón, y en su rostro sólo se distienden las aletas de la nariz. Yo me desanimo y no sé qué decir. Pero, al cabo de un momento, monto en cólera y, fuera de mis casillas, me pongo en pie y grito:

—¡Callaos de una vez! ¿Qué hacéis ahí sentados como dos sapos, envenenando el aire con vuestro aliento? ¡Ya basta!

Y, sin esperar a que acaben con sus murmuraciones, me dispongo a marcharme a mi casa. Además, ya va siendo hora: son más de las diez.

—Yo me quedaré un ratito más —dice Mijaíl Fiódorovich—. ¿Me da su permiso, Yekaterina Vladímirovna?

—Desde luego —responde Katia.

—*Bene*. En ese caso, ordene que nos traigan otra botella.

Ambos me acompañan con una vela en la mano hasta el recibidor y, mientras me pongo el abrigo, Mijaíl Fiódorovich dice:

—En los últimos tiempos ha envejecido y adelgazado usted mucho, Nikolái Stepánovich. ¿Qué le pasa? ¿Está enfermo?

—Sí, un poco.

—Y no se trata... —observa Katia con aire sombrío.

—¿Y por qué no se trata? ¿Cómo es posible? Dios ayuda a quien se ayuda, amigo mío. Salude a los suyos y transmítales mis disculpas por llevar tanto tiempo sin visitarlos. Dentro de unos días, antes de partir para el extranjero, iré a despedirme. ¡Sin falta! Me marchó la semana que viene.

Salgo de casa de Katia irritado, asustado por los comentarios sobre mi salud y descontento conmigo mismo. Me pregunto si en verdad debería hacerme tratar por alguno de mis colegas. Y en ese momento me imagino que ese colega, después de auscultarme, se acerca en silencio a la ventana, reflexiona unos instantes y a continuación, volviéndose hacia mí y procurando que no adivine la verdad en su cara, me dice con indiferencia: «De momento no veo nada de particular, pero de todos modos, colega, le aconsejaría que dejara las clases...». Y eso me privará de mi última esperanza.

¿Quién no tiene esperanzas? Incluso ahora que he establecido mi propio diagnóstico y puesto en práctica mi propio tratamiento, a veces albergo la esperanza de que mi ignorancia me engañe, de equivocarme con respecto a la albúmina y el azúcar que detecto en mi organismo, y también con respecto al corazón y los edemas que he descubierto ya un par de veces por la mañana. Cuando, con el celo de un hipocondríaco, releo manuales de terapia y cambio a diario de medicamentos, tengo siempre la impresión de que acabaré encontrando algo que me alivie. Qué mezquino es todo eso.

Ya cubra el firmamento una capa de nubes o brillen la luna y las estrellas, siempre que vuelvo a casa alzo la vista y pienso que pronto me llevará la muerte. Se diría que en tales momentos mis pensamientos deberían ser profundos como el cielo, brillantes, sorprendentes... ¡Pero no! Pienso en mí mismo, en mi mujer, en Liza, en Gnékker, en los estudiantes y, en general, en los hombres; los pensamientos que albergo son ruines y mezquinos, pretendo engañarme a mí mismo; en esos instantes mi concepción del mundo podría expresarse con las palabras que el famoso Arakchéiev^[10] dejó escritas en una de sus cartas privadas: «Todo el bien del mundo no puede existir sin el mal, y el mal es siempre mayor que el bien». Es decir, todo es repugnante, no hay razón para vivir y mis sesenta y dos años de existencia deben considerarse un tiempo perdido. Esos pensamientos me sorprenden y trato de convencerme de que son casuales, pasajeros, superficiales, pero acto seguido me digo: «Si eso es así, ¿por qué cada tarde te dejas arrastrar por esos dos sapos?».

Y me juro no volver nunca más a casa de Katia, aunque sé que al día siguiente volveré.

Al tirar de la campanilla en la puerta de entrada y luego, al subir por la escalera, siento que ya no tengo familia ni albergo ningún deseo de recobrarla. No cabe duda de que esos nuevos pensamientos arakcheievianos no son casuales ni pasajeros, sino que se han apoderado de todo mi ser. Con mala conciencia, deprimido, indolente, moviendo a duras penas los brazos y las piernas, como si hubieran cargado sobre mis espaldas un fardo de una tonelada, me voy a la cama y no tardo en quedarme dormido.

Pero luego viene el insomnio.

IV

Con la llegada del verano la vida cambia.

Una hermosa mañana Liza entra en mi cuarto y dice en tono de broma:

—Vamos, su excelencia. Ya está todo preparado.

Mi excelencia es conducida a la calle, acomodada en un coche y trasladada fuera de la ciudad. A lo largo del camino, como no tengo nada mejor que hacer, voy leyendo los letreros de derecha a izquierda. La palabra «taberna» se transforma en «anrebat». Sería un buen apellido baronil: la baronesa Anrebat. Después pasamos por el cementerio, que no me causa ninguna impresión, aunque pronto acabaré allí. Luego atravesamos un bosque y a continuación otro campo. No hay nada interesante. Al cabo de dos horas de viaje mi excelencia entra en la planta baja de una dacha y se instala en una habitación pequeña y muy alegre, empapelada de azul.

De noche, como de costumbre, vuelve el insomnio, pero por la mañana ya no tengo que oír a mi mujer y puedo quedarme en la cama. No duermo; es una especie de duermevela, de semiinconsciencia: sé que no estoy dormido, pero sueño. A mediodía me levanto y me siento, por costumbre, a mi escritorio, pero, en lugar de trabajar, me entretengo con unos libritos franceses de tapas amarillas que me envía Katia. Desde luego, sería más patriótico leer autores rusos, pero reconozco que no les profeso demasiada simpatía. Exceptuando a dos o tres autores ya mayores, toda la literatura actual no me parece literatura, sino una especie de industria artesanal que sólo existe para que se la jalee, aunque la gente se resiste a usar sus productos. Ni siquiera las mejores de esas creaciones artesanales pueden calificarse de excelentes ni elogiarse con sinceridad sin ponerles algún reparo, y lo mismo cabe decir de todas las novedades literarias que he leído en los últimos diez o quince años: no hay ninguna que sea magnífica, que pueda elogiarse sin un pero. En una se advierte inteligencia y buen gusto, pero no talento; en otra, talento y buen gusto, pero no inteligencia; en una tercera, por último, talento e inteligencia, pero no buen gusto.

No voy a afirmar que los libros franceses muestren talento, inteligencia y buen gusto. Tampoco ellos me satisfacen. Pero no son tan aburridos como los rusos y no es raro encontrar en sus líneas el elemento fundamental del arte: el sentimiento de la libertad individual, del que carecen los autores rusos. No recuerdo una sola obra nueva en la que el autor, desde la primera página, no trate de enredarse en toda clase de convencionalismos y de hacer concesiones a su propia conciencia. Uno tiene miedo de hablar del cuerpo desnudo, otro se ha atado de pies y manos al análisis psicológico, un tercero necesita «una actitud afectuosa con el ser humano», un cuarto llena intencionadamente páginas y páginas con descripciones de la naturaleza para que no le acusen de tendencioso... Uno quiere aparecer en sus obras como representante de la clase media; otro, como aristócrata, etcétera. Ideas preconcebidas, cautela, segundas intenciones, pero ninguna libertad ni valor para escribir como querrían y, en consecuencia, ninguna creatividad.

Todo eso se refiere a las llamadas bellas letras.

En lo que respecta a los artículos serios que se publican en Rusia, por ejemplo, sobre sociología, arte y demás, no los leo por simple timidez. Por alguna razón, de niño y de joven me daban miedo los porteros y los acomodadores de los teatros, y ese temor no me ha abandonado. Todavía hoy me dan miedo. Dicen que sólo nos asusta lo que no entendemos. Y en verdad resulta muy difícil entender la altivez, arrogancia y mayestática descortesía de los porteros y acomodadores. Al leer un artículo serio, se apodera de mí ese mismo temor indefinido. La extraordinaria pomposidad, el tono jocoso de general, la familiaridad con que se manejan los nombres de autores extranjeros, la habilidad para no decir nada sin perder ese aire de dignidad: todo eso me resulta incomprensible, me asusta y me parece totalmente alejado de la modestia y el tono tranquilo de caballero al que me he acostumbrado leyendo las obras de nuestros médicos y naturalistas. Encuentro difícil leer no sólo los artículos, sino también las traducciones que hacen o redactan los rusos serios. El tono presuntuoso y condescendiente de los prefacios, las notas excesivas del traductor distraen mi atención, los signos de interrogación y los *sic* entre paréntesis, diseminados generosamente por el traductor a lo largo de todo el artículo o del libro me parecen un atentado contra la personalidad del autor y contra mi independencia de lector.

En una ocasión se me pidió que acudiera como perito a una sesión de la Audiencia Provincial. Durante el receso, uno de mis colegas me dijo que prestara atención a la rudeza con que el fiscal trataba a los acusados, entre los que figuraban dos mujeres con formación. Creo que no exageré lo más

mínimo cuando le respondí a mi amigo que ese comportamiento no era más grosero que el que empleaban entre sí los autores de artículos serios. En realidad, esas actitudes son tan toscas que uno sólo puede comentarlas con pesadumbre. Al referirse a sus colegas o a los escritores que critican, hacen gala de una deferencia exagerada, con menoscabo de su propia dignidad, o bien, por el contrario, de una malevolencia más acusada que la que yo he empleado con mi futuro yerno, Gnékker, en estas notas. Acusaciones de irresponsabilidad, de segundas intenciones y hasta de toda clase de delitos constituyen el adorno habitual de los artículos serios. Y eso es ya, como les gusta decir en sus articulillos a los jóvenes médicos, la *ultima ratio*. Es inevitable que tales actitudes tengan sus repercusiones en la moral de la nueva generación de escritores: por eso no me sorprende lo más mínimo que en las obras literarias de los últimos diez o quince años los protagonistas se atiborren a vodka y las protagonistas no sean demasiado castas.

Leo libros franceses y miro por la ventana abierta. Veo las estacas de la cerca, dos o tres arbolillos escuálidos y, más allá, el camino, los campos, la ancha franja de un bosque de coníferas. A menudo contemplo a una muchacha y un muchacho, ambos rubios y desastrados, que se encaraman a la valla y se ríen de mi calva. En sus ojillos brillantes puedo leer: «¡Ven aquí, pelón!». Tal vez sean las únicas personas a las que no les importe nada mi celebridad ni mi rango.

Ahora no recibo visitas todos los días. Mencionaré sólo las de Nikolái y las de Piotr Ignátévich. Nikolái suele venir los días de fiesta, en principio por cuestiones de trabajo, pero más que nada para verme. Llega un tanto achispado, algo que no sucede nunca en invierno.

—¿Qué hay de nuevo? —le pregunto, saliendo a recibirlo.

—¡Excelencia! —dice, llevándose la mano al corazón y mirándome con el entusiasmo de un enamorado—. ¡Excelencia! ¡Que me castigue Dios! ¡Que me parta un rayo aquí mismo! *Gaudeamus igitur iuvenes dum sumus!*

Y me besa apasionadamente los hombros, las mangas, los botones.

—¿Va todo bien por allí? —le pregunto.

—¡Excelencia! Le juro por lo más sagrado...

Como no deja de invocar a Dios sin venir a cuento, pronto me cansa, así que lo mando a la cocina, donde le dan de comer.

Piotr Ignátévich viene también los días de fiesta para ver cómo estoy y compartir conmigo sus pensamientos. Suele sentarse junto al escritorio, modesto, aseado, juicioso, sin decidirse a cruzar las piernas o apoyar el codo en la mesa, y con su voz serena y monótona no para de contarme con frases

pulidas y librescas diversas novedades —que juzga muy interesantes y jugosas— leídas en revistas y libros. Todas esas novedades se asemejan y pertenecen al mismo tipo: un francés ha hecho un descubrimiento, un alemán le demuestra que ese descubrimiento ya fue realizado en 1870 por un norteamericano, y otro alemán, más listo que ellos, les demuestra que han metido la pata, tomando los glóbulos de aire que aparecían bajo el microscopio por pigmentos oscuros. Incluso cuando quiere hacerme reír, Piotr Ignátevich se exploya y se pierde en detalles, como si estuviera defendiendo una tesis, haciendo una enumeración prolija de las fuentes bibliográficas utilizadas y procurando no equivocarse en las cifras, los números de las revistas y los nombres de las personas que menciona, de suerte que no dice simplemente Petit, sino Jean Jacques Petit. A veces se queda a comer y entonces se pasa toda la comida contando esas historias jugosas, que desesperan a los comensales. Si Gnékker y Liza inician en su presencia una conversación sobre fugas y contrapuntos, sobre Brahms y Bach, Piotr Ignátevich baja modestamente los ojos, muy confuso: le da vergüenza que delante de personas serias como él y yo se hable de tales vulgaridades.

Dado mi actual estado de ánimo, bastan cinco minutos para que sus comentarios me causen tanto aburrimiento como si llevara viéndolo y escuchándolo toda una eternidad. Odio a ese pobre diablo. Su voz serena y monótona y su lenguaje libresco me agotan y sus relatos me nublan la cabeza... Alimenta por mí los mejores sentimientos y habla conmigo sólo para distraerme, pero yo le pago mirándolo fijamente a los ojos, como si quisiera hipnotizarlo, repitiendo para mis adentros: «Vete, vete, vete...». Pero no sucumbe a mi sugestión mental y sigue allí sentado...

Mientras está en casa, no puedo dejar de pensar: «Es muy probable que, cuando me muera, le asignen mi puesto»; entonces me figuro que mi pobre aula es un oasis cuyo arroyo se ha secado, y me muestro desconsiderado, taciturno y sombrío con Piotr Ignátevich, como si la culpa de esos pensamientos la tuviese él, no yo. Cuando, como de costumbre, empieza a alabar a los científicos alemanes, ya no bromeo amablemente como antes, sino que farfullo con cara de pocos amigos:

—Sus alemanes son unos asnos...

Una reacción que me recuerda aquella ocasión en que el difunto profesor Nikita Krilov^[11], bañándose con Pirogov en Revel^[12], se puso a refunfuñar, enfadado porque el agua estaba muy fría: «¡Malditos alemanes!». Me comporto mal con Piotr Ignátevich y sólo cuando se marcha y distingo desde

la ventana su sombrero gris al otro lado de la empalizada, me dan ganas de llamarlo y decirle: «¡Perdóneme, amigo mío!».

La comida es más aburrida que en invierno. Gnékker, al que ahora detesto y desprecio, come con nosotros casi todos los días. Antes soportaba su presencia en silencio; ahora, en cambio, le dirijo frases hirientes que hacen enrojecer a mi mujer y a Liza. Llevado de mi mal humor, a veces digo verdaderas tonterías, sin saber por qué lo hago. Así, un día, pasé un buen rato mirando a Gnékker con desprecio y al final solté de sopetón:

Las águilas pueden volar más bajo que las gallinas,
pero las gallinas nunca se alzarán hasta las nubes...^[13]

Y lo que más me irrita es que la gallina-Gnékker se comporta de forma mucho más inteligente que el águila-profesor. Sabiendo que mi mujer y mi hija están de su parte, ha adoptado la siguiente táctica: responde a mis groserías con un silencio condescendiente (el viejo desbarra, ¿a santo de qué discutir con él?) o bien me gasta una broma bienintencionada. ¡Es increíble hasta qué punto puede llegar la mezquindad de un hombre! Me paso toda la comida soñando con el día en que se demuestre que Gnékker es un aventurero, mi mujer y Liza se den cuenta de su error y yo pueda burlarme de ellas. ¡Y esas elucubraciones absurdas se me ocurren cuando estoy con un pie en la tumba!

Últimamente se producen malentendidos que antes sólo conocía de oídas. Aunque me resulte embarazoso, voy a describir uno de ellos, que se produjo hace unos días después de la comida.

Estoy en mi habitación fumándome una pipa. Como de costumbre, mi mujer entra y se pone a hablar de lo conveniente que sería, ahora que hace calor y tengo tiempo libre, que viajara a Járkov para informarme de la clase de persona que es nuestro Gnékker.

—Está bien, iré... —convengo yo.

Mi mujer, satisfecha con mi respuesta, se levanta y se encamina a la puerta, pero acto seguido vuelve sobre sus pasos y dice:

—Por cierto, quería pedirte otra cosa. Sé que vas a enfadarte, pero mi obligación es prevenirte... Perdona que te lo diga, Nikolái Stepánovich, pero todos nuestros conocidos y vecinos han empezado a murmurar que vas demasiado a menudo a casa de Katia. Es una mujer inteligente e instruida, no lo discuto, y resulta agradable pasar el tiempo con ella, pero a tus años y con tu posición social... ¿Sabes?, me parece extraño que encuentres grata su compañía... Además, tiene una reputación que...

De pronto toda la sangre del cerebro afluye a mis venas, mis ojos echan chispas, me levanto de un salto y, cogiéndome la cabeza con las manos, me pongo a patear el suelo y grito con una voz que no reconozco como propia:

—¡Déjame! ¡Déjame! ¡Déjame!

Es probable que la expresión de mi rostro sea terrible y mi voz extraña, porque mi mujer palidece de pronto y grita a voz en cuello, con una voz también ajena y desesperada. Al oír nuestros gritos, Liza, Gnékker y después Yegor acuden corriendo...

—¡Dejadme! —grito—. ¡Fuera! ¡Dejadme!

Las piernas se me han entumecido, no las siento en absoluto. Advierto que caigo en brazos de alguien, luego oigo llantos por un instante y a continuación sufro un desvanecimiento que dura dos o tres horas.

Ahora voy a hablar de Katia. Viene a verme todos los días a la caída de la tarde, detalle que, como es natural, no pasa desapercibido a los vecinos y a los conocidos. Entra sólo para recogerme y me lleva a dar un paseo. Tiene un caballo y una calesa nueva, comprada este verano. En general, vive a lo grande: ha alquilado una dacha cara con un gran jardín, a la que se ha llevado todos los muebles que tenía en la ciudad. Ha contratado dos criadas, un cochero... A menudo le pregunto:

—Katia, ¿de qué vas a vivir cuando hayas dilapidado todo el dinero de tu padre?

—Ya veremos —responde.

—Ese dinero merece una actitud más responsable por tu parte, amiga mía. Lo ganó un buen hombre con un trabajo honrado.

—Lo sé. Ya me lo ha dicho antes.

Al principio atravesamos los campos, luego el bosque de coníferas que se ve desde mi ventana. La naturaleza, como siempre, me parece maravillosa, aunque el demonio me susurra que todos esos pinos y abetos, esas aves y esas nubes blancas en el cielo, no repararán en mi ausencia cuando, dentro de tres o cuatro meses, deje de existir. A Katia le gusta guiar el caballo y disfruta del buen tiempo y de mi compañía. Está de buen humor y no pronuncia comentarios hirientes.

—Es usted una persona excelente, Nikolái Stepánovich —dice—. Un raro ejemplar; ningún actor sería capaz de representarle. A mí o, por ejemplo, a Mijaíl Fiódorovich, podría representarnos incluso un actor malo, pero no a usted. ¡Me da usted envidia, una envidia tremenda! Porque ¿qué soy yo? ¿Qué? —se queda pensativa unos instantes y me pregunta—: Nikolái Stepánovich, soy un fenómeno negativo, ¿no es verdad?

—Sí —respondo yo.

—Hum... ¿Y qué puedo hacer?

No sé qué responderle. Sería fácil decirle: «Trabaja», o bien: «Reparte tus bienes entre los pobres», o: «Conócete a ti misma». Y, precisamente porque es fácil decirlo, no doy con la respuesta.

Mis colegas terapeutas, cuando enseñan a sus alumnos cómo deben atender a los pacientes, aconsejan «individualizar cada caso». Uno no tiene más que seguir ese consejo para convencerse de que los métodos que en los manuales se consideran mejores y más idóneos para su uso general se revelan completamente inútiles en la mayoría de los casos. Lo mismo sucede con los desarreglos de orden moral.

Pero alguna cosa tengo que responder, así que finalmente digo:

—Dispones de demasiado tiempo libre, amiga mía. Tienes que encontrar una ocupación. ¿Por qué no vuelves a los escenarios, si tienes vocación de actriz?

—No puedo.

—Hablas y te comportas como si fueras una mártir, y eso no me gusta, amiga mía. Tú misma tienes la culpa. Recuerda que empezaste enfadándote con la gente y con las costumbres imperantes, pero no has hecho nada por mejorarlas. No has combatido el mal, tus fuerzas se han agotado, pero no eres víctima de una lucha, sino de tu propia impotencia. No cabe duda de que entonces eras muy joven e inexperta, pero ahora todo podría seguir otro rumbo. ¡Te lo digo de verdad, vuelve a los escenarios! Trabajarás, rendirás un servicio a un arte sagrado...

—Déjese de historias, Nikolái Stepánovich —me interrumpe Katia—. Pongámonos de acuerdo de una vez para siempre: hablemos de actores, actrices y escritores, pero dejemos en paz el arte. Es usted una persona magnífica, fuera de lo común, pero su comprensión del arte no es tan profunda como para creer sinceramente que sea sagrado. No tiene usted sensibilidad ni oído para el arte. Ha estado ocupado toda su vida y no ha tenido tiempo de adquirir esa sensibilidad. En cualquier caso... ¡no me gustan estas conversaciones sobre arte! —continúa nerviosa—. ¡No me gustan! ¡Ya lo han pervertido bastante!

—¿Quién lo ha pervertido?

—Unos lo han pervertido con sus borracheras; los periódicos, con su actitud irrespetuosa; las personas inteligentes, con la filosofía.

—La filosofía no tiene nada que ver con esto.

—Ya lo creo que sí. Cuando alguien se pone a filosofar es que no entiende nada.

Para evitar que la conversación acabe en disputa, me apresuro a cambiar de tema y después guardo silencio durante un buen rato. Sólo cuando salimos del bosque y nos dirigimos a la dacha de Katia, vuelvo a retomar la cuestión y le pregunto:

—De todos modos, aún no me has contestado: ¿por qué no quieres volver a los escenarios?

—¡Nikolái Stepánovich, eso es una crueldad por su parte! —grita ella y de pronto se pone como la grana—. ¿Quiere que le diga en voz alta la verdad? Muy bien... si es que tanto lo desea. ¡No tengo talento! Me falta talento y... me sobra amor propio. ¡De eso se trata!

Una vez hecha esa confesión, vuelve la cara y, para ocultar el temblor de sus manos, tira con fuerza de las riendas.

Cuando nos acercamos a la dacha, vemos de lejos a Mijaíl Fiódorovich, que pasea junto a la cancela y nos espera con impaciencia.

—¡Otra vez ese Mijaíl Fiódorovich! —dice Katia con enfado—. ¡Quítemelo de encima, por favor! Se me ha vuelto tedioso y molesto... ¡No lo soporto!

Hace tiempo que Mijaíl Fiódorovich tendría que haberse ido al extranjero, pero demora su partida cada semana. En los últimos tiempos, se han operado en él algunos cambios: ha adelgazado, el vino le emborracha, algo que nunca sucedía antes, y sus cejas negras han empezado a encanecer. Cuando nuestra calesa se detiene delante de la cancela, no oculta su alegría y su impaciencia. Excitado, nos ayuda a apearnos, no para de hacernos preguntas, se ríe, se frota las manos y esa aura de mansedumbre, súplica y pureza que antes sólo advertía en su mirada, se ha extendido ahora a toda la cara. Está contento y al mismo tiempo se avergüenza de su alegría, así como de haber adoptado la costumbre de visitar a Katia todas las tardes, y considera necesario justificar su aparición con motivos tan absurdos como éste: «Pasaba por aquí y se me ocurrió hacerle una visita».

Entramos los tres en la casa; al principio bebemos té, luego aparecen sobre la mesa los dos inevitables mazos de cartas, un gran trozo de queso, frutas y una botella de champán de Crimea. Los temas de conversación no han cambiado: son los mismos que en invierno. Arremetemos contra la universidad, los estudiantes, la literatura y el teatro; a fuerza de tanta maledicencia, el aire se vuelve más denso y sofocante; ahora lo envenenan el aliento de tres sapos, no de dos, como en invierno. Además de la risa

aterciopelada, de barítono, y de las carcajadas de acordeón, la criada que nos sirve la mesa oye también una risita desagradable y temblorosa, como la de los generales de los vodeviles: je, je, je...

V

Hay noches terribles, con truenos, relámpagos, lluvia y viento, a las que suele llamarse «noches de perros». He experimentado en mi vida privada una noche de ese tipo...

Me despierto después de medianoche y me levanto de la cama de un salto. Por alguna razón, me asalta la sospecha de que voy a morir de un momento a otro. ¿A qué viene ese temor? Ninguna de mis sensaciones corporales indica que el fin esté cercano, pero de mi alma se apodera un horror espantoso, como si de pronto hubiera visto un enorme resplandor siniestro.

Enciendo una luz a toda prisa, bebo un trago de agua directamente de la garrafa, luego corro a la ventana abierta. Fuera hace un tiempo magnífico. El aire huele a heno y a alguna otra planta embriagadora. Veo los picos de la cerca, los soñolientos arbolillos escuálidos junto a la ventana, el camino, la oscura franja del bosque. En el cielo, limpio de nubes, luce una luna serena, muy brillante. Reina el silencio, no se mueve ni una sola hoja. Tengo la impresión de que todo me mira y se apresta a asistir a mi muerte...

Me ahogo. Cierro la ventana y corro a la cama. Me tomo el pulso y, no encontrándolo en la muñeca, lo busco en las sienes, luego en la sotabarba y de nuevo en la muñeca, y cada una de esas zonas está fría, viscosa de sudor. Mi respiración se vuelve cada vez más acelerada, me tiembla el cuerpo, las tripas se remueven en mi interior, y tengo la sensación de que mi cara y mi calva están cubiertas de telarañas.

¿Qué hacer? ¿Llamar a la familia? No, no es necesario. No sé qué iban a hacer mi mujer y Liza si entraran en mi habitación.

Oculto la cabeza debajo de la almohada, cierro los ojos y espero, espero... Tengo la espalda helada y se diría que se estuviera replegando hacia dentro; me asalta la sospecha de que la muerte va a abalanzarse sobre mí por detrás, a hurtadillas...

—¡Kivi-kivi! —resuena de pronto en el silencio de la noche, y no logro discernir si ese sonido proviene de mi pecho o de la calle.

—¡Kivi-kivi!

¡Dios mío, qué espanto! Me bebería otro trago de agua, pero me da pavor abrir los ojos y levantar la cabeza. Es un miedo cervical, incontrolable, cuya razón no alcanzo a comprender: ¿se debe a que ansío vivir o a que me espera un dolor nuevo, aún desconocido?

En el piso de arriba se oyen no sé si sollozos o risas... Aguzo el oído. Algo después resuenan pasos en la escalera. Alguien baja con premura y a continuación vuelve a subir. Al cabo de un momento se oyen de nuevo pasos abajo; alguien se detiene junto a la puerta de mi habitación y se queda escuchando.

—¿Quién está ahí? —grito.

La puerta gira, yo me arriesgo a abrir los ojos y distingo a mi mujer. Está pálida y tiene ojos de haber llorado.

—¿Duermes, Nikolái Stepánovich? —pregunta.

—¿Qué quieres?

—Por el amor de Dios, ven a ver a Liza. Le pasa algo...

—Está bien... ahora mismo... —murmuro, muy contento de tener compañía—. Está bien... Ya voy.

Sigo a mi mujer y escucho lo que me dice, pero mi agitación me impide entender sus palabras. En los peldaños de la escalera danzan manchas de luz proyectadas por la vela que tiene en la mano y nuestras largas sombras se estremecen; mis pies tropiezan con el faldón de su bata; jadeo y tengo la impresión de que algo me persigue y quiere cogerme por detrás. «Voy a morir aquí mismo, en esta escalera —pienso—. Aquí mismo...» Pero ya hemos superado la escalera, continuamos por el oscuro pasillo con una ventana italiana y entramos en la habitación de Liza, que está sentada en la cama con los pies colgando, sólo con el camisón, y solloza.

—¡Ah, Dios mío... ah, Dios mío! —balbucea, entornados los ojos a la luz de nuestra vela—. No puedo más, no puedo más...

—Liza, hija mía —le digo—, ¿qué te pasa?

Al verme, pega un grito y se me arroja al cuello.

—Papá, papáito... —exclama entre gemidos—, mi papáito querido... Bien mío, cariño... No sé lo que me pasa... ¡Estoy tan apenada...!

Me abraza, me besa y murmura palabras afectuosas, como las que le oía decir cuando era niña.

—Tranquilízate, hija mía, por el amor de Dios —le digo—. Deja de llorar. Yo también estoy apenado.

Trato de arroparla, mi mujer le ofrece agua, y ambos vamos y venimos en desorden alrededor de la cama. Mi hombro choca con el suyo, y en ese momento me acuerdo de cuando bañábamos juntos a nuestros hijos.

—¡Ayúdala, ayúdala! —me implora mi mujer—. ¡Haz algo!

Pero ¿qué puedo hacer? Nada. La muchacha tiene un peso en el corazón, pero yo no sé qué es, no entiendo lo que le ocurre, así que me limito a murmurar:

—No es nada, no es nada... Ya pasará... Duerme, duerme...

Como hecho a propósito, en el patio se oye de pronto un ladrido, primero contenido e incierto, luego más alto, acompañado de otro. Nunca he concedido importancia a presagios como el ladrido de un perro o el grito de una lechuza, pero ahora el corazón se me encoge dolorosamente y me apresuro a buscar una explicación a ese ladrido.

«Bobadas —pienso—. Es la influencia de un organismo sobre otro. Mi fuerte tensión nerviosa se ha transmitido a mi mujer, a Liza, al perro, nada más... Esas transmisiones explican las premoniciones, los presentimientos...»

Poco después, cuando regreso a mi habitación para escribirle a Liza una receta, ya no pienso que voy a morirme de un momento a otro, pero siento tanta pesadumbre y fastidio que hasta lamento no haberme muerto de golpe. Paso un buen rato en medio de la habitación, inmóvil, pensando qué podría prescribirle a Liza, pero los sollozos en la planta de arriba han enmudecido, así que decido no prescribirle nada; no obstante, sigo sin moverme de mi sitio...

Reina un silencio de muerte, un silencio que, como dijo un escritor, hasta zumba en los oídos. El tiempo pasa despacio, las franjas de luz lunar sobre el alféizar no cambian de posición, como si se hubieran petrificado... Aún queda mucho para el amanecer.

Pero de pronto chirría la cancela de la valla, alguien entra con sigilo y, rompiendo una ramita de uno de los arbolillos escuálidos, golpea con mucho tiento mi ventana.

—¡Nikolái Stepánovich! —susurra una voz—. ¡Nikolái Stepánovich!

Abro la ventana y me parece estar soñando: allí abajo, apretada contra el muro, hay una mujer vestida de negro, alumbrada de lleno por la luna, que me mira con sus grandes ojos. Su rostro pálido y grave tiene cierto aire fantástico a la luz de la luna, como si fuera de mármol; le tiembla el mentón.

—Soy yo... —dice—. ¡Katia!

A la luz de luna todos los ojos de mujer parecen grandes y negros, y las figuras más altas y pálidas; por esa razón, probablemente, no la reconocí en

un primer momento.

—¿Qué te pasa?

—Perdone —dice—. De pronto sentí una angustia insoportable... No pude contenerme y he venido hasta aquí... Había luz en su ventana y... decidí llamar... Perdone... ¡Ah, si supiese qué angustia sentía! ¿Qué está usted haciendo?

—Nada... El insomnio.

—Tenía un presentimiento. Bobadas, en cualquier caso —sus cejas se arquean, algunas lágrimas brillan en sus ojos y todo su rostro se ilumina con esa conocida expresión de credulidad que hacía tanto tiempo no veía—. ¡Nikolái Stepánovich! —dice suplicante, tendiéndome ambas manos—. Querido, le pido... le suplico... Si no desdeña mi amistad y tiene en algo el respeto que le profeso, le ruego que atienda la petición que voy a hacerle.

—¿De qué se trata?

—¡Quédese con mi dinero!

—¡Vaya lo que se le ha ocurrido! ¿Y qué voy a hacer yo con tu dinero?

—Márchese a alguna parte a curarse... Necesita ponerse en tratamiento. ¿Lo aceptará, verdad? ¿Verdad que sí, amigo mío? —me mira ansiosamente y repite—: ¿Verdad que lo aceptará?

—No, querida, no lo aceptaré... —digo yo—. Pero te lo agradezco.

Me da la espalda y agacha la cabeza. Probablemente el tono de mi negativa impide cualquier comentario más sobre el dinero.

—Vete a casa a dormir —le digo—. Nos veremos mañana.

—Entonces, ¿no me considera usted amiga suya? —pregunta abatida.

—Yo no he dicho eso. Pero tu dinero no me sirve de nada en estos momentos.

—Perdone... —dice, bajando la voz una octava—. Le entiendo... Aceptar un préstamo de una persona como yo... de una actriz retirada... Bueno, adiós.

Y se marcha tan deprisa que ni siquiera tengo tiempo de despedirme.

VI

Estoy en Járkov.

Dado que sería inútil, y aun superior a mis fuerzas, luchar contra mi actual estado de ánimo, he decidido que mis últimos días de vida sean irreprochables, al menos desde un punto de vista formal; sé muy bien que he sido injusto con mi familia, así que al menos trataré de hacer lo que me pide. Y, si hay que ir a Járkov, voy a Járkov. Además, en los últimos tiempos me he vuelto tan indiferente a todo que me da exactamente lo mismo ir a Járkov que a París o a Berdichev.

He llegado a mediodía y me he alojado en un hotel cercano a la catedral. Me mareé en el tren y me resfrié por culpa de las corrientes de aire, y ahora estoy sentado en la cama, con la cabeza entre las manos, esperando que empiece el tic. Tendría que ir hoy mismo a visitar a unos profesores conocidos, pero no tengo ganas ni fuerzas.

Entra el viejo camarero de planta y me pregunta si la cama tiene sábanas. Lo retengo durante unos cinco minutos y le hago algunas preguntas sobre Gnékker, que es la razón por la que he venido aquí. El camarero es natural de Járkov y conoce la ciudad como la palma de la mano, pero no recuerda ninguna familia con ese apellido. Y, cuando le pregunto por las posesiones, obtengo la misma respuesta.

En el pasillo el reloj da la una, luego las dos, las tres... Estos últimos meses en que aguardo la muerte me parecen bastante más largos que el resto de mi vida. Y nunca he sido capaz de resignarme a la lentitud del tiempo como ahora. Recuerdo que antaño, cuando esperaba un tren en la estación o durante un examen, un cuarto de hora me parecía una eternidad; ahora, en cambio, puedo pasarme inmóvil en la cama una noche entera, pensando con total indiferencia que mañana la noche será igual de larga y oscura, y lo mismo pasado mañana.

El reloj del pasillo da las cinco, las seis, las siete... Va oscureciendo.

Siento un moderado dolor en la mejilla: las primeras señales del tic. Para tener ocupada la cabeza, recupero mi anterior punto de vista, cuando no era indiferente, y me pregunto por qué yo, un hombre célebre, consejero privado, me encuentro en esa pequeña habitación de hotel, sentado en esa cama con una manta ajena de color gris. ¿Por qué contemplo ese vulgar lavamanos de hojalata y oigo el tintineo en el pasillo de ese abominable reloj? ¿Se corresponde todo eso con mi fama y elevada posición social? Y a esas preguntas respondo con una sonrisa irónica. Me hace gracia la ingenuidad con que en mi juventud exageraba la importancia de la fama y de la posición exclusiva que, según creía, llevaba aparejada. Soy famoso, mi nombre se pronuncia con reverencia, mi retrato ha aparecido en *Campo* y en *La Ilustración Mundial*, he leído mi propia biografía hasta en una revista alemana. ¿Y de qué me ha valido todo eso? Aquí estoy, más solo que la una, en una ciudad extraña, en una cama extraña, frotándome con la palma de la mano la mejilla dolorida... Las disputas familiares, la implacabilidad de los acreedores, la grosería de los empleados del ferrocarril, las molestias del sistema de pasaportes^[14], la comida cara y malsana de las cantinas, la descortesía generalizada, la tosquedad en el trato: todas esas cosas y muchas otras más que sería demasiado largo enumerar me afectan en no menor medida que a cualquier ciudadano de clase media al que sólo conocen en el callejón en el que vive. ¿En qué consiste la excepcionalidad de mi posición? Supongamos que sea un personaje archiconocido, un héroe del que se enorgullece la patria; en todos los periódicos se publican informaciones sobre mi enfermedad, me llegan por correo cartas de colegas, estudiantes y gente de todo tipo en las que se me desea un pronto restablecimiento, pero ninguna de esas cosas impedirá que muera en una cama ajena, deprimido, en la soledad más absoluta... Naturalmente, nadie tiene la culpa, pero, pecador de mí, me disgusta mi popularidad. Tengo la impresión de que me ha engañado.

A eso de las diez logro conciliar el sueño; a pesar del tic, duermo profundamente, y habría dormido mucho más si no me hubieran despertado. Poco después de la una alguien llama de pronto a la puerta.

—¿Quién es?

—¡Un telegrama!

—Podría habérmelo entregado mañana —refunfuño, mientras cojo el telegrama de manos del camarero—. Ahora ya no hay manera de que vuelva a dormirme.

—Lo siento, señor. Como la luz estaba encendida, pensé que no dormía usted.

Abro el telegrama y ante todo leo la firma. Es de mi mujer. ¿Qué querrá?
«Ayer Gnékker se casó en secreto con Liza. Regresa».

La lectura de esas palabras me deja aturdido, aunque no por mucho tiempo. Lo que me aturde no es el comportamiento de Liza y Gnékker, sino la indiferencia con que acojo la noticia de su boda. Se dice que los filósofos y los verdaderos sabios son indiferentes. Mentira: la indiferencia es una parálisis del alma, una muerte prematura.

Vuelvo a meterme en la cama y trato de pensar en algo para tener ocupada la cabeza. ¿En qué puedo pensar? Se diría que ya he pensado en todo lo habido y por haber y que no hay un solo tema capaz de despertar mi interés.

El amanecer me sorprende sentado en la cama, los brazos alrededor de las rodillas, tratando de conocerme a mí mismo, a falta de algo mejor que hacer. «Conócete a ti mismo», excelente y útil consejo. Lo malo es que a los antiguos no se les ocurrió enseñarnos la manera de ponerlo en práctica.

Antes, cuando pretendía comprender a otra persona o a mí mismo, no prestaba atención a los actos, en lo que todo es relativo, sino a los deseos. Dime lo que quieres y te diré quién eres.

Ahora me examino a mí mismo: ¿qué quiero?

Quiero que nuestras mujeres, nuestros hijos, nuestros amigos y nuestros alumnos amen en nosotros no el nombre, la firma o la etiqueta, sino lo que somos como personas. ¿Qué más? Me gustaría tener ayudantes y sucesores. ¿Qué más? Me gustaría despertar dentro de cien años y echar al menos un vistazo a los progresos de la ciencia. Me gustaría vivir diez años más... ¿Qué más?

Nada más. Paso un buen rato dándole vueltas, pero no logro encontrar ninguna otra cosa. En cualquier caso, por más que medite, por muy lejos que me lleven mis pensamientos, sé perfectamente que mis deseos carecen de algo crucial, fundamental. En mi pasión por la ciencia, en mi deseo de vivir, en el hecho de estar sentado en una cama ajena, en mi esfuerzo por conocerme a mí mismo, en todos los pensamientos, emociones y conceptos que me he formado, falta un vínculo común capaz de unir todo eso en un único conjunto. Cada emoción y cada pensamiento viven por separado, y en todos mis juicios sobre la ciencia, el teatro, la literatura y los estudiantes, en todos los cuadros que dibuja mi imaginación, ni siquiera el más experto analista conseguiría encontrar lo que se llama una idea común, o, dicho de otro modo, el dios de un hombre vivo.

Y, si eso falta, entonces es que no hay nada.

Ante tanta miseria, ha bastado una enfermedad grave, el miedo a la muerte, la influencia de las circunstancias y de la gente, para que todo lo que antes consideraba mi concepción del mundo, y en lo que veía el sentido y la alegría de mi existencia, se haya vuelto patas arriba y haya saltado en mil pedazos. Por tanto, no debe sorprender que haya oscurecido los últimos meses de mi vida con pensamientos y sentimientos dignos de un esclavo y de un bárbaro, que todo me dé lo mismo y ni siquiera repare en el amanecer. Cuando un hombre carece de algo que sea más elevado y poderoso que las influencias externas, basta un fuerte resfriado para que pierda el equilibrio y empiece a ver una lechuga en cada ave y a oír el aullido de un perro en cada rumor. En ese momento, todo su optimismo o pesimismo, así como sus pensamientos grandes y pequeños, adquieren el significado de un mero síntoma.

Estoy derrotado. Así que no hay razón para seguir pensando o hablando. Me quedaré aquí sentado, esperando en silencio a ver qué pasa.

Por la mañana el camarero me trae el té y el periódico local. Leo maquinalmente los anuncios de la primera página, el editorial, la revista de prensa, la crónica de sociedad... En esa última sección encuentro entre otras cosas esta noticia: «Ayer llegó a Járkov en el tren correo el célebre científico y profesor emérito Nikolái Stepánovich de Tal y Tal, que se alojó en el hotel Tal».

Por lo visto, los nombres ilustres han sido creados para llevar una vida independiente y aparte de quienes los llevan. En estos momentos mi nombre recorre a sus anchas las calles de Járkov; dentro de unos tres meses, grabado en letras doradas en mi lápida, resplandecerá como el sol, mientras yo ya estaré cubierto de moho...

Se oyen unos golpecitos en la puerta. Alguien me necesita.

—¿Quién es? ¡Pase!

Cuando la puerta se abre, doy un paso atrás, perplejo, y me apresuro a cerrar los faldones de mi bata. Ante mí está Katia.

—Buenos días —dice, respirando con dificultad después de haber subido la escalera—. ¿Sorprendido? También yo... también yo he venido aquí —se sienta y prosigue con su relato, tartamudeando y evitando mirarme—. ¿Por qué no me saluda? Yo también he venido a Járkov... He llegado hoy... Y, al enterarme de que se alojaba usted en este hotel, he decidido hacerle una visita.

—Me alegro mucho de verte —digo yo, encogiéndome de hombros—, pero me has dejado de una pieza... Apareces como caída del cielo. ¿Qué haces aquí?

—¿Yo? Pues... Simplemente he cogido un tren y he venido.

Se produce un silencio. De pronto se levanta de un salto y viene a mi encuentro.

—¡Nikolái Stepánovich! —exclama, palideciendo y apretando las manos contra el pecho—. ¡Nikolái Stepánovich! ¡No puedo seguir viendo así! ¡No puedo! ¡Por el amor de Dios, dígame ahora mismo lo que debo hacer! ¡Dígamelo!

—¿Y qué puedo decirte? —pregunto desconcertado—. No se me ocurre nada.

—¡Hable, se lo suplico! —prosigue ella, jadeando y temblando de pies a cabeza—. ¡Le juro que no puedo seguir viendo así! ¡No tengo fuerzas!

Se desploma en una silla y estalla en sollozos. Echa hacia atrás la cabeza, se retuerce las manos, da patadas con los pies; el sombrero ha resbalado de la cabeza y cuelga de la cinta; los cabellos se desparraman en desorden.

—¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme! —me implora—. ¡No puedo seguir así!

Al sacar un pañuelo de su bolso de viaje, algunas cartas caen de su regazo al suelo. Las recojo y en una de ellas reconozco la caligrafía de Mijaíl Fiódorovich y leo casualmente parte de una palabra: «apasio...».

—No puedo decirte nada, Katia —digo.

—¡Ayúdeme! —solloza, asiéndome una mano y besándola—. ¡Es usted mi padre, mi único amigo! ¡Es inteligente, culto, ha vivido mucho! ¡Ha sido profesor! Dígame, ¿qué debo hacer?

—Te doy mi palabra, Katia, de que no lo sé.

Estoy desconcertado, confuso, conmovido por los sollozos, y apenas me tengo en pie.

—Vamos a desayunar, Katia —digo con una sonrisa forzada—. ¡Deja de llorar! —y a continuación añado, con un hilo de voz—: No me queda mucho tiempo de vida, Katia...

—¡Una palabra, al menos una palabra! —exclama entre lágrimas, tendiéndome las manos.

—Qué rara eres, la verdad... —baluceo—. ¡No te entiendo! Una mujer tan inteligente y de pronto te pones a llorar como una loca...

Se produce un silencio. Katia se arregla el peinado, se pone el sombrero; luego estruja las cartas y las guarda en el bolso, y todo en silencio, sin prisas. Su cara, su pecho y sus guantes están bañados en lágrimas, pero su semblante es ya seco, severo... La miro y me avergüenzo de ser más feliz que ella. Hasta poco antes de la muerte, en el ocaso de mis días, no me he dado cuenta de que carezco de lo que mis colegas filósofos llaman ideas generales; en cambio, el

alma de esa pobrecilla no ha conocido nunca un instante de paz ni lo conocerá en su vida.

—Venga, Katia, vamos a desayunar —digo.

—No, gracias —responde ella con frialdad.

Transcurre un minuto más en silencio.

—No me gusta Járkov —comento—. Es muy gris. Una ciudad gris.

—Sí, quizá... Es feo... No voy a quedarme mucho tiempo... Estoy de paso. Me marchó hoy mismo.

—¿Adónde?

—A Crimea... es decir, al Cáucaso.

—Ya. ¿Por mucho tiempo?

—No lo sé.

Katia se levanta y, con una sonrisa fría, sin mirarme siquiera, me tiende la mano.

Me gustaría preguntarle: «¿Significa eso que no vas a asistir a mi entierro?». Pero ella no me mira y tiene la mano fría, como si fuera una extraña. La acompaño en silencio hasta la puerta... Ya ha salido de la habitación y se aleja por el largo pasillo, sin volver la cabeza. Sabe que la estoy siguiendo con la vista y probablemente al doblar la esquina mirará hacia atrás.

No, no ha mirado. Su vestido negro centellea por última vez, el rumor de sus pasos se apaga... ¡Adiós, tesoro mío!

F I N





ANTÓN PÁVLOVICH CHÉJOV (Taganrog, 1860 — Baden-Wurtemberg, 1904) fue un médico, escritor y dramaturgo ruso. Era el tercero de seis hermanos. Su padre, Pável Yegórovich Chéjov, director del coro de la parroquia y devoto cristiano ortodoxo, les impartió una disciplina estricta y muy religiosa, que a veces adquiría rasgos despóticos. Ese es uno de los motivos por los que siempre fue un amante de la libertad y de la independencia. Su madre, Yevguéniya, era una gran cuentacuentos, y entretenía a sus hijos con historias de sus viajes junto a su padre por toda Rusia.

El padre de Chéjov empezó a tener serias dificultades económicas en 1875; su negocio quebró y se vio forzado a escapar a Moscú para evitar que lo encarcelaran. Hasta que no finalizó sus estudios de bachillerato en 1879, Antón no se reunió con su familia. Comenzó a estudiar Medicina en la Universidad de Moscú.

En un intento de ayudar a su familia, comenzó a escribir relatos humorísticos cortos y caricaturas de la vida en Rusia bajo el seudónimo de «Antosha Chejonté». Se desconoce cuántas historias escribió durante este periodo, pero se sabe que se ganó con rapidez fama de buen cronista de la vida rusa. Se hizo médico en 1884 pero siguió escribiendo para diferentes semanarios. En 1885 comenzó a colaborar con la *Peterbúrgskaya*, *gazeta* con artículos más

elaborados que los que había redactado hasta entonces. En diciembre de ese mismo año, fue invitado a colaborar en uno de los periódicos más respetados de San Petersburgo, el *Nóvoye Vremia*. En 1886 se había convertido ya en un escritor de renombre. Ese mismo año publicó su primer libro de relatos, *Cuentos de Melpómene*; al año siguiente ganó el Premio Pushkin gracias a la colección de relatos cortos *Al anochecer*.

En 1887 a causa de una debilitación de su salud viajó hasta Ucrania. A su regreso se estrenó su obra *La Gaviota*, un éxito que interpretó la compañía del Teatro de Arte de Moscú, tras una primera interpretación absolutamente desastrosa en el teatro Alexandrinski de San Petersburgo un año antes. Chéjov escribió tres obras más para esta compañía: *Tío Vania* (1897), *Las tres hermanas* (1901) y *El Jardín de los Cerezos* (1904).

Aparte de su faceta como autor teatral, destacó como autor de relatos, creando unos personajes atribulados por sus propios sentimientos que constituyen una de las más acertadas descripciones del abanico de variopintas personas de la Rusia zarista de finales del siglo XIX y principios del XX. Destacar el relato *Campesinos* de 1897, el inquietante *La sala nº 6* de 1892 y el apasionado *La dama del perrito* publicado en 1899.

Pasó gran parte de sus 44 años gravemente enfermo a causa de la tuberculosis que contrajo de sus pacientes a finales de 1880. La enfermedad lo obligó a pasar largas temporadas en Niza (Francia) y posteriormente en Yalta (Crimea), ya que el clima templado de estas zonas era preferible a los crueles inviernos rusos. En mayo de 1904 ya se encontraba gravemente enfermo, por lo que el 3 de junio se trasladó junto con su mujer Olga al *spa* alemán de Badenweiler, en la Selva Negra. Desde allí escribió cartas a su hermana Masha, en las que se podía apreciar que estaba animado. En ellas describía las comidas que le servían y los alrededores, y aseguraba que se estaba recuperando. En su última carta, se quejaba del modo de vestir de las mujeres alemanas. Fallece el 2 de julio.

Aunque ya era conocido en Rusia antes de su muerte, no se hizo internacionalmente famoso hasta los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando las traducciones de Constance Garnett al inglés ayudaron a popularizar su obra. Las obras de Chéjov se hicieron tremendamente famosas en Inglaterra en la década de los 20 y se han convertido en todo un clásico de la escena británica. En los Estados Unidos, autores como Tennessee Williams, Raymond Carver o Arthur Miller utilizaron técnicas de Chéjov para escribir algunas de sus obras y fueron influenciados por él.

Notas

[1] Nikolái I. Pirogov (1810-1881), famoso cirujano y anatomista ruso. Konstantín D. Kavelin (1815-1885), abogado liberal, historiador y sociólogo. Nikolái A. Nekrásov (1821-1878), uno de los grandes poetas rusos del siglo XIX. (*N. del T.*) <<

[2] Historial médico. (*N. del T.*) <<

[3] Ventséslov L. Gruber (1814-1890), anatomista y profesor de la Academia Médica de San Petersburgo. A. I. Babujin (1835-1891), histólogo y fisiólogo, fundador de la Escuela de Histología de Moscú. (*N. del T.*) <<

[4] Mijaíl D. Skobélev (1843-1882), famoso general ruso que se distinguió en la guerra ruso-turca de 1877-1878. (*N. del T.*) <<

[5] Vasili G. Perov (1833-1882), famoso pintor ruso, profesor de la Escuela de Pintura, Escultura y Arquitectura de Moscú. (*N. del T.*) <<

[6] Adelina Patti (1843-1919), cantante de ópera. (*N. del T.*) <<

[7] Protagonista de la obra de teatro *La desgracia de ser inteligente* (1825), del dramaturgo Aleksandr Griboiédov. (N. del T.) <<

[8] Primer verso del poema de Mijaíl Lérmontov (1814-1841) «Meditación» (1840). (*N. del T.*) <<

[9] Nikolái A. Dobroliúbov (1836-1861), importante crítico y publicista de tendencias radicales. (*N. del T.*) <<

[10] Aleksandr A. Arakcháyev (1769-1834), favorito todopoderoso del zar Alejandro I. Patrocinó la creación de colonias militares donde los soldados, con sus familias, cultivaban la tierra para su sustento. (*N. del T.*) <<

[11] Nikita I. Krilov (1807-1879), profesor de derecho romano de la Universidad de Moscú. (*N. del T.*) <<

[12] Nombre germano de la ciudad hoy conocida como Tallin, capital de Estonia. (*N. del T.*) <<

[13] De la fábula de Iván Krilov (1769-1844), *El águila y las gallinas*. (N. del T.) <<

[14] Los ciudadanos rusos de la época necesitaban un pasaporte tanto para viajar al extranjero como para moverse por el interior del país. (*N. del T.*) <<